



REALIDAD

La Mafia es tu vida

RAQUEL ATTARD

Título: REALIDAD

© 2017, REALIDAD

Primera Edición

Licencia: Todos los derechos reservados

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal).

INDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. El comienzo del fin](#)

[Capítulo 2. El cambio](#)

[Capítulo 3. La graduación](#)

[Capítulo 4. El encuentro](#)

[Capítulo 5. El pacto](#)

[Capítulo 6. Cosa nostra](#)

[Capítulo 7. Se hizo la luz](#)

[Capítulo 8. En sus manos](#)

[Capítulo 9. El pintor](#)

[Capítulo 10. Familia](#)

[Capítulo 11. Vuelta al principio](#)

[Capítulo 12. Realidad](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

El miedo me seguía a todas partes, como ese lobo que acecha a la gacela en la oscuridad. Ella no lo ve, pero sabe que está ahí. Siempre había alguien observando, preparado para dar el punto y final a la aventura.

—¿Qué quieres de mí? —Le pregunté.

—No lo pienses —me dijo—. Solo salta.

Y salté. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Todo parecía diferente y, de repente, me di cuenta. Como salida de la nada estaba la niebla con forma de sombras en la noche. Lo percibía, lo sentía en la piel, todo iba a ser distinto. Era el principio del fin de mi vida tal y como la conocía.

Alex también seguía allí. Me tocaba como si empezara a conocerme y me miraba como si me estuviera viendo con otros ojos. Unos que nunca me habían observado antes. Los ojos de la muerte.

No era yo, no era la misma.

Y pensar que todo esto había empezado hacía solo dos semanas...

Capítulo 1. El comienzo del fin

BLAKE

Estaba atascada estudiando para los exámenes finales. Aquí era donde se decidía mi futuro. Si sacaba la carrera o tenía que repetir otro año con alguna asignatura que me hubiera quedado pendiente. "No puedo fallar, no puedo fallar", me repetía esa frase como un mantra, a ver si me entraba en la cabeza y, por arte de magia, no fallaba. Mi familia contaba conmigo y tenía que ser mejor por ellos. Por eso estudiaba derecho y gestión de empresas. Sabían que tenía intuición para el negocio y que podía llevarlo al siguiente nivel.

Miré mi teléfono. John me había llamado pero yo no se lo había cogido. Hacía tiempo que quería romper con él porque estaba aburrida. Le tenía cariño, nuestras familias eran amigas desde antes de que nacióramos y ambos estábamos destinados a dirigirlas cuando nuestros padres dejaran el negocio. Era tan natural que resultaba poco emocionante y yo necesitaba más. De dónde viniera ese más, ahora mismo ni me lo planteaba, pero debía dejarlo si quería avanzar.

Me iba a centrar en mi trabajo después de los estudios. Si todo salía bien, acabaría con unas notas que me permitirían acceder a la especialidad que yo quería, por delante de otros alumnos. Me había esforzado mucho para ello. Era capitana del grupo de debate, pues quería aprender todo lo necesario sobre negociación, y hacía prácticas con la profesora Johnson para iniciar mi tesis y poder doctorarme en derecho empresarial. Para preparar los exámenes, había contado con la ayuda de Fiorella Gulio, que era una de mis mejores amigas, junto a Lucrezia Lorenzo, a la que todos llamábamos Zia. —No le gustaba que la llamaran por su nombre completo, aunque a mí siempre me había parecido muy bonito—. Las tres estudiábamos la misma carrera, que esperábamos terminar con los exámenes de mañana.

El caso es que John ya no encajaba en mi vida. Hacía tiempo que lo veía con otros ojos, como si ya no me conquistara cada vez que sonreía o se dirigía a mí. Cuando éramos pequeños, me bastaba, era lo que se esperaba de nosotros, pero ahora no. A veces me parecía que seguíamos juntos por costumbre o por comodidad y eso se tenía que acabar. De una forma u otra.

Llegué a la Facultad y me fijé en que había varios estudiantes de primero ayudando a preparar la gala de graduación, colgando pancartas y haciendo carteles para indicar a los invitados dónde debían sentarse. Esa tarde teníamos un ensayo general con todos los estudiantes de la promoción. El acto de graduación sería el viernes e iba a venir toda mi familia. Mis padres, Lena y Roberto. Mis abuelos, Annetta y Doménico. Mis tíos, Bianca y Agostino, y mis primos, Giordano y Cósomo, que eran como hermanos para mí. Sabía que teníamos más familia en Italia, pero desde que los padres de mi padre emigraron a América, no habíamos vuelto. De hecho, yo nunca había estado allí.

Arriba, abajo, recoge el diploma, pasa el birrete de un extremo al otro... Una vez terminado diligentemente el ensayo, fui al despacho de la profesora Johnson, que me felicitó por haber concluido mi trabajo en su departamento y me prometió hablar con el profesor Williams para que me aceptara como alumna y poder empezar el doctorado en septiembre. Luego me encaminé hacia el vestíbulo, buscando un momento para hablar a solas con Zia y contarle mi inquietud. La encontré con su novio, Matteo Inchenza. Llevaban tres años juntos, se conocieron en la universidad y desde entonces eran inseparables. Los cuatro, junto con Fiorella y su novio Carrick, formábamos uno de los grupos más populares de la facultad. Siempre que los chicos venían a vernos, nuestros compañeros se quedaban mirándonos, queriendo formar parte de lo que sea que estuviéramos organizando, aunque nadie sabía en realidad de qué hablábamos cuando estábamos juntos.

La familia de Zia, la de John, la de Fiorella, la de Matteo y la mía, eran las cinco familias

más poderosas de Nueva York. Nuestros negocios estaban hermanados y se podía decir que trabajábamos juntos y que nos apoyábamos siempre. El único que no pertenecía a nuestro "submundo" era Carrick, pero cuando su relación con Fiorella se hizo seria, decidimos contárselo todo. Eso sí, él sabía que su vida dependía de que nos guardara el secreto y que no era ninguna broma.

—Zia, te necesito. —Le dije arrancándola de los brazos de Matteo—. ¡Ahora te la devuelvo!
—Le saqué la lengua y me la llevé a un aparte.

—¿Qué te pasa? —Me dijo divertida. A mi amiga no le preocupaba absolutamente nada. Aunque por su apariencia nadie lo diría, era una de las personas más frías que conocía cuando debía serlo.

—Voy a hacerlo. Voy a dejarle. —Le dije decidida.

—¿Otra vez con el tema de John? —Me preguntó desesperada, pero sabía que era solo una pose. Me conocía mejor que nadie y sabía lo mal que lo estaba pasando con este asunto.

—Tengo que hacerlo. No puedo retrasarlo más.

Levantó las cejas y suspiró.

—Lo entiendo, pero antes de la graduación me parece cruel.

Yo suspiré también. Estaba cansada.

—Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Ya sabes que nuestras familias tienen planes para nosotros después de la graduación.

Así era. Nuestras familias querían que nos casáramos para dejarnos como cabezas del negocio. "Por separado somos fuertes, pero juntos somos invencibles", nos decían siempre.

Mi padre era un líder nato y me había enseñado a ser como él. Sabía que yo podría seguir sus pasos sin problemas y que no necesitaba a ningún hombre a mi lado para hacerlo, pero los Marconi habían hecho un pacto con los Ricco, la familia de John, para ampliar el negocio y se sellaba con el matrimonio. De todas formas, hablaría con él y buscaríamos la forma de continuar con el pacto sin pasar por el altar. Estaba segura. Él nunca me obligaría a hacer algo que no quisiera. No en el terreno personal.

En los negocios, sí, desde luego.

Mi primera pistola la disparé con diez años. Me dijo que tenía que saber defenderme. Me apuntó a clases de kárate y me hizo seguirlas hasta que fui cinturón negro. Lo acompañaba a todas las negociaciones desde los doce y me dejaba participar activamente en ellas desde los dieciséis. Siempre fui muy espabilada y él contribuyó a ello. Cuando cumplí los dieciocho, puso a un grupo de cuatro hombres a mis órdenes y no había perdido a ninguno. Nuestro negocio estrella era la cadena de hoteles De Lucchi, apellido de soltera de mi madre, que estaba administrada por una junta directiva de la que mis padres eran accionistas mayoritarios. Yo me encargaba de dirigir el resto de empresas legales, que sobre todo se dedicaban a la intermediación. Si un negocio tenía una necesidad, yo se la cubría. Pero también controlaba todo lo que había que saber sobre extorsión, blanqueo, engaños, chantajes, contrabando, falsificaciones... Lo llevaba en la sangre.

—Bueno, pues hazlo. Míralo, por ahí viene. —Señaló hacia la puerta de la entrada de la facultad y yo fui a su encuentro.

Cuando llegué hasta donde estaba John, me cogió en volandas y me besó. Le devolví el beso. Iba a ser el último.

—Hola preciosa. —Me dijo con una sonrisa encantadora. John era rubio, musculoso, un poco más alto que yo, atlético. Era la clase de chico que hacía que te volvieras para mirarlo y yo iba a dejarlo.

—Hola cielo, tenemos que hablar. —Yo nunca decía apelativos cariñosos, pero a John sí.

Con él siempre había tenido esa complicidad. Le cogí de la mano y tiré de él hasta un banco—. A ver, esto no es fácil, John.

—No sigas. —Me cortó antes de que pudiera siquiera comenzar—. Ya sé lo que vas a decir. Lo he estado esperando durante años.

¿Lo sabía? ¿Tan obvio era? ¿Y por qué nunca me había dicho nada?

—¿Lo sabes? —Le pregunté tímida.

—Sé que hace mucho tiempo que no eres feliz conmigo. He intentado remediarlo, he hecho de todo, pero nada parece nunca suficiente. —Se pasó una mano por el pelo. No me miraba. Estaba dolido.

—Lo siento, John. No quería hacerte daño. —Le puse una mano en la mejilla y le obligué a mirarme a los ojos—. Sabes que te quiero, pero más como amigo que como pareja. Hemos pasado por muchas cosas juntos y siempre estaré a tu lado para lo que necesites. —Le aseguré.

—Y yo al tuyo, Blake. —Me dijo levantándose—. Pero me llevará un tiempo. —Se quedó parado un segundo y me habló sin mirarme—. Cuando rechazas a alguien, aunque quieras arreglarlo y decir algo que le de otro sentido, el daño ya está hecho y no lo puedes reparar con palabras.

Me quedé sentada en el banco mientras veía cómo se alejaba. Al fin y al cabo, era lo que yo quería, dejarle. No podía ir tras él y no había nada que pudiera decir para mejorar la situación. Además, estaba segura de que retomáramos la conversación en algún momento.

Después de haber estado toda la vida juntos, había resultado sorprendentemente fácil. John fue mi primer beso, mi primera vez, mi mejor amigo. Habíamos pasado por muchas cosas juntos, nos complementábamos. Es muy difícil encontrar a alguien así y mucho más difícil dejarlo escapar.

Recibí una llamada que hizo que dejara de pensar en ello. Era uno de mis chicos.

—Dime, Carlo.

Carlo era el encargado de ir recogiendo los pagos de los negocios que gestionábamos. Confiaba en él, era inteligente y tenía la presencia necesaria para dar un miedo atroz.

—Blake, el de la 59 nos está dando problemas. No tiene el pago de esta semana y ya lleva dos meses de retraso.

A Vasile, el dueño del restaurante italiano de la 59, le proveíamos con todo lo necesario para su negocio, desde maquinaria hasta comida, bebida... Pero habían puesto otro restaurante en la misma avenida y le estaba quitando clientela. Hacía dos meses me había pedido un aplazamiento del pago estipulado y yo le dije que podía pagarnos de semana en semana en lugar de tener que ahorrar todo el dinero del mes. Sin embargo, parece que eso tampoco bastaba. Había enviado a Gianni, otro de mis chicos y un negociador nato, al nuevo restaurante para conseguirlos como clientes pero, al parecer, a ellos ya los proveía una empresa: "Decentreprises". Puse a mi detective, Reinard, a investigar quién era la nueva competencia. Necesitaba saber quién estaba detrás de esa empresa, porque solo yo controlaba la 59. Así había sido desde hacía cuatro años y no iba a cambiar ahora si yo podía evitarlo. En esa calle teníamos negocios de todo tipo: restaurantes, peluquerías, empresas de inversión, despachos de abogados, psicólogos... Y yo suministraba a todos, e incluso hacía otro tipo de operaciones con algunos de ellos.

—Envíale una tercera parte de los suministros. Si vende menos, necesitará menos y así también minorará la deuda. Dile que Beto se pasará por allí para estudiar su negocio y ver cómo puede mejorarlo. Que prepare toda la documentación.

Podía tener contentos a un montón de peces gordos y, sin embargo, a veces, los pequeños negocios nos daban más problemas que los grandes, pero era controlando a la gente de la calle

como controlábamos la ciudad.

Colgué y volví junto a Zia y Matteo. También se habían unido Fiorella y Carrick. Nos dirigimos hacía la cafetería y estuvimos tomando unas cervezas. John no volvió a aparecer en todo el día. Los chicos lo llamaron pero no contestó. Fui a mi casa sin poder parar de pensar en qué estaría haciendo o cómo lo estaría pasando. Probablemente estuviera enfadado y, contra eso, no había nada que yo pudiera hacer, no iba a cambiar de opinión.

Llegué a casa y saludé a mi madre. Mi padre estaba todavía en su despacho con mi tío Agostino, así que no los molesté. Mientras estaba cenando, recibí la llamada de Reinard.

—Dime.

—Blake, tengo la información que me pediste y no te va a gustar. —Me adelantó.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—La empresa *Decentrepises* es una tapadera. Está dirigida por los Cabante. He estado investigando sobre ellos y aunque guardan muy bien la información, he conseguido descubrir algunas cosas. Te las envió a tu email.

Abrí el ordenador y lo que vi no me gustó nada, efectivamente. Los Cabante eran una familia italiana que se acababa de mudar a Nueva York. El matrimonio, Alessio y Fiona, dirigía la empresa de suministros, pero las cifras no cuadraban. Según Reinard, blanqueaban el dinero que conseguían de negocios menos legales que dirigían sus tres hijos: Alessandro, Sebastian y Romano. Me adjuntaba un archivo con las fotos de todos ellos y al ver la de Alessandro me quedé sin respiración.

Ante mí tenía a un chico moreno, con los ojos azules como el cielo y una sonrisa que haría que cualquier chica se desmayase. Si pensaba que John era guapo, Alessandro era un Dios y estoy segura de que él lo sabía. Parecía alto, uno ochenta, quizá, y estaba delgado, pero no de forma exagerada. Los tres hermanos se parecían mucho, aunque los otros dos eran más jóvenes. Según el dossier, Alessandro tenía veinticinco años, Sebastian veintitres años y Romano dieciocho.

Tenía muchas preguntas. Necesitaba saber qué habían venido a hacer a Nueva York. Ahora mismo, eran un misterio. Tenía que estudiar para los exámenes de mañana pero antes debía informar a mis padres y a mis tíos sobre la sexta familia.

Capítulo 2. El cambio

ÁLEX

No me acostumbraba a Nueva York. Echaba de menos Roma. Mi idioma, mi gente, mi vida. No sabía por qué mis padres decidieron instalarse aquí. Sí, teníamos que irnos, ya no era seguro, pero podíamos haber elegido cualquier otro destino.

Yo hubiera preferido España. Allí hubiéramos pasado más desapercibidos y no tendríamos a otras familias acaparando el negocio. Además, el clima era parecido. Echaba de menos subirme a mi moto sin camiseta y pasear por las calles de siempre, como si cada rincón de Roma fuera mi casa.

Había sido muy difícil establecerse. Tuve que partir piernas, amenazar y hacer que rodaran cabezas, pero por fin había conseguido unos cuantos negocios para mantenernos mientras a mi padre le aprobaban su plaza como Juez. Cuando esto sucediera, podríamos hacer transacciones con más facilidad, tendríamos a todos comiendo de nuestra mano y pidiéndonos permisos, licencias o las mierdas legales que quisieran, como sucedía en Italia.

El problema era que aquí había mucha competencia. Según Romano, había cinco familias. Los Ricco, controlaban Brooklyn; los Marconni, Manhattan; los Gulio, Staten Island; los Inchenza, el Bronx y los Lonrenzo, Queens. ¿Qué cojones nos iba a quedar a nosotros?

Esta noche tenía que ir a ver al tío de la 59. Bastian me dijo que el tipo se quejaba de que un hombre de los Marconni lo había estado molestando. No sabía por qué siempre tenía que encargarme yo de estas minucias. Mis hermanos, aun siendo más jóvenes, daban un miedo que haría que cualquiera se cagara. Ellos eran los matones, no yo. Yo también imponía, estaba claro, pero mi cometido en la organización debía ser intelectual. No me importaba coger un arma cuando era necesario, pero ya tenía bastante llevando las riendas de la familia y de los negocios como para encargarme también de esto. Ahora tenía ayuda, pero en cuanto mi padre empezara a trabajar, me quedaría solo. Mi madre nunca había querido formar parte activa de la organización aunque, sobre el papel, ella dirigía una de nuestras principales compañías. La quería, pero siempre había pensado que debería estar más involucrada. Al fin y al cabo, esta era nuestra vida.

Cogí mi Suzuki RM y me dirigí hacia el restaurante. Mi moto era mi bien más preciado. La tenía desde que cumplí los veinte años y no pensaba dejarla en Roma, aunque a mi primo Leo le hubiera encantado que lo hiciera, pero fue un regalo de mi padre cuando conseguí un negocio que nos estaba costando bastante trabajo y era importante para mí. Además, me encantaba ir en moto. La sensación de libertad era única.

Llegué al restaurante de Liano y vi que estaba lleno. Parecía tener mucho éxito y eso debía ser lo que molestaba a los Marconni.

Ví al tipo detrás de la barra y me acerqué a saludarlo.

—Liano, soy Alessandro Cabante. —Le tendí la mano.

—Señor Cabante, bienvenido a mi restaurante. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

El hombre era mucho más mayor que yo, tendría unos sesenta años, y, aun así, me guardaba respeto. No creía que hubiera escuchado hablar de mi familia antes de venir a Nueva York, aunque tampoco conocía hasta dónde habían llegado los rumores. Todavía estábamos estudiando el alcance de lo ocurrido en Roma.

—No, gracias. Estoy aquí porque Bastian me ha dicho que hay alguien molestándote.

Me quedé de pie en la barra y el hombre asintió, dispuesto a contarme lo ocurrido.

—Ayer vino un hombre. Me dijo que venía de parte de *Gryfood*, y todo el mundo sabe que esa es una de las empresas de los Marconni.

Yo ya había puesto a Romano a investigar sobre ello. Al parecer, *Gryfood* era la empresa intermediaria con la que los Marconni proveían a todos los negocios de la 59 y, de paso, lavaban dinero.

—¿Sabes quién la dirige? —Esa información no habíamos conseguido encontrarla. Romano dio con una serie de empresas pantalla detrás de esa y no hemos podido vincularla a ningún miembro concreto de la familia.

—La dirige la chica. El que vino era uno de sus matones. —Me dijo Liano con miedo.

La chica. Blake Marconni. Romano me habló también de ella. Hija única, destinada a dirigir el negocio familiar. Tenía solo veintidós años y ya era parte activa del negocio. Había crecido con él. Aunque fuera competencia, tenía que decir que estaba profundamente admirado.

—¿Dónde puedo encontrarla? —Este hombre parecía saber mucho sobre las familias de Nueva York.

—Vive en la mansión Marconni, con los padres, y estudia en la facultad de derecho. Mi nieto, Vincent, la ha visto por allí cuando ha entregado algún pedido.

Vaya, parecía que el nieto se fijaba en la Marconni. Interesante. Me guardaría esa información por si me fuera útil en un futuro.

—Está bien. Procuraré que no vuelvan por aquí. Nadie se mete en mis asuntos.

—Gracias, señor Cabante. Muchas gracias.

Salí del restaurante y me dirigí de nuevo a casa pensando en los Marconni. Tendría que hacer algo para que no tocaran mis negocios. Por el camino recibí una llamada. Bass y Roma me esperaban en Tribeca.

Empezaba la fiesta.

BLAKE

Mi padre y mi tío me habían dejado a cargo del *asunto Cabante*. Me dijeron que confiaban en mí para que lo gestionara de la mejor forma posible, y yo les contesté que no habría problema. Así que después de los exámenes —que, según creía, no me había salido nada mal— me dirigí a Little Italy a ver a Reinard. Necesitaba más información. Lo hubiera citado en mi casa, normalmente eran mis hombres los que acudían a donde yo estaba, pero necesitaba salir y despejarme. Sobre todo después de haber estado toda la noche estudiando. Al final, ayer se me hizo tarde hablando con mi familia y tuve que recuperar el tiempo perdido. Mis padres me pidieron que retrasara el doctorado un año, algo que sí me preocupó. Sabía que mi padre quería apartarse pronto del negocio y dejarme a mí las riendas, pero yo necesitaba saber todo lo posible sobre la gestión de empresas y rápido, teniendo en cuenta que la boda con John no iba a celebrarse. Eso sí lo tenía clarísimo, aunque todavía no les había hablado sobre ello. Cambiaría todo el plan que tenían pensando para mí.

Llegué a casa de Rei en mi Mazda MX-5, mi coche favorito. Hacía muy buen tiempo y lo llevaba con la capota bajada. El hijo de Rei, Stephano, se encargó de aparcarlo. Estaba esperándome en el portal cuando llegué. Era corpulento, como su padre, y sabía que acababa de cumplir los dieciocho años. Ya había dado muestras de querer trabajar para mí y estaba pensando en qué podría emplearlo. La gente inexperta no era buena para el negocio. Además, el chico no tenía interés por seguir estudiando y Reinard no quería obligarlo. Quizá podría enviarlo con Carlo.

La casa de Rei era acogedora y su esposa, Chiara, era un encanto. De vez en cuando también cumplía alguno de mis encargos, cuando necesitaba que los hiciera una mujer y no podía acudir yo. Confiaba en ellos. Eran parte de la familia.

—Bueno, Reinard, cuéntame a qué nos enfrentamos.

Estábamos sentados en la mesa de la cocina. Chiara nos sirvió unos cafés y luego se sentó con nosotros.

—Se trata de una familia muy bien posicionada. Llegaron hace dos meses y ya han cogido varios negocios entre la 59 y la 71.

Lo sabía. Uno de ellos estaba en mi calle.

—¿Por qué no los habíamos fichado antes?

—Han sido muy cuidadosos, Blake. Se ve que tienen experiencia. Han dejado negocios muy lucrativos en Italia. El padre era Juez en Roma y ha solicitado plaza en Nueva York.

—¿Podemos pararlo?

Teníamos una red de contactos bien conectados que utilizábamos cuando era necesario. Entre nuestras filas había policías, abogados, médicos... Aunque a mí no me gustaba utilizar nuestras influencias. Como decía mi abuelo, el que pide un favor, lo debe.

Negó con la cabeza.

—Podemos retrasarlo. Puedo hablar con el senador Tinsdale, pero es un Juez modelo, se la van a dar, tarde o temprano.

Así que habían pasado desapercibidos durante dos meses. Mezclándose con los Neoyorkinos, haciendo negocios y vida ante mis ojos sin que ni yo, ni ninguna de las otras familias, nos diéramos cuenta. Eso se tenía que acabar.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Por lo que he podido descubrir sobre ellos, no se van a conformar con una parte, van a ir a por todas. Esto va más allá de los Marconni, hay que convocar una reunión con las cinco familias.

—De acuerdo.

Reunirlas no sería difícil. De hecho, la graduación de mañana sería el momento perfecto para ello.

Capítulo 3. La graduación

ÁLEX

Llevaba dos putas horas vigilando la mansión Marconi y de ahí no salía nadie. Había intentado acercarme todo lo posible y había conseguido saltar uno de los muros de entrada que parecía menos transitado. Tenían varios guardaespaldas y cámaras apuntando a casi cada rincón del jardín, pero yo ya lo sabía. Hice que Romano investigara la localización antes de venir.

Por fin, a las ocho de la tarde salieron dos personas. Una pareja, de unos sesenta años, serían Roberto y Lena. Tenían buen porte, iban muy arreglados y parecían felices. Me recordaban a mis padres. Se entendían con solo mirarse a los ojos. Era algo que yo siempre había envidiado, conectar tanto con una persona que las palabras fueran innecesarias.

Detrás de ellos, a escasos metros, salió una chica.

Cuando la vi, me quedé impactado.

Llevaba un vestido sin tirantes rojo que le llegaba por los tobillos. Tenía un vuelo de gasa que caía ligero sobre su cuerpo y unos tacones de aguja altísimos que no le hacían ninguna falta. Ella ya tenía unas piernas kilométricas que yo estaba deseando ver. Estaba delgada y era esbelta y exuberante sin quererlo, y sin caer en la vulgaridad. Era elegante y tenía unos ojos negros escandalosos. Su pelo negro caía en cascada por sus hombros y le llegaba hasta la cintura. Era preciosa.

Yo estaba escondido detrás de uno de los árboles del jardín, nadie podía verme, pero ella miró en mi dirección. Fue solo un segundo antes de subirse al coche y, aun así, esos ojos oscuros me atraparon y algo se movió en mi interior.

Blake.

Estaba realmente impresionado. No solo era guapísima, también tenía una mente privilegiada, pues había estudiado derecho y era de las mejores de su clase, según me dijo Romano, y, además, se hacía cargo de parte del negocio familiar. ¿Cómo lo haría? No era el tipo de chica que pasaba desapercibida y en este negocio la discreción era esencial.

Antes de irme de allí, llamé a mis hermanos y les propuse volver a la discoteca de Tribeca. Mi corazón palpitaba violentamente y tenía que acallararlo. Conduje mi moto sorteando los coches mientras el viento despejaba mi cara. Nunca me habían interesado las chicas. No tanto como para dedicarles tiempo. A ver, sabía reconocer a una chica guapa, pero no me había impactado nadie. Solía salir con Gemma de forma casual, pero ella sabía que yo veía a otras. Teníamos un acuerdo y no le importaba. Ella también estaba con otros tíos, según creo. Eso nos funcionaba, éramos felices, o eso pensaba yo... Pero la dejé en Italia, con el resto de las cosas que alguna vez formaron parte de mi vida.

BLAKE

El acto de graduación resultó ser una locura. Mis compañeros, sus familias, amigos, conocidos, todo el mundo estaba allí. Me costó encontrar un hueco en el que todo el mundo estuviera disponible para escuchar lo que les tenía que decir, pero al final conseguí meter a unas veinte personas en uno de los salones.

Como yo había sido la encargada de descubrir a los Cabante, todos estuvieron de acuerdo en que fuera la primera en tomar la palabra. Esperé a que mi padre me hiciera un gesto con la cabeza para comenzar.

Carraspee un poco para aclararme la garganta y, cuando todos estuvieron en silencio, les informé de las nuevas noticias.

—Tenemos una sexta familia en la ciudad. —Dije sin titubeos.

Un murmullo recorrió todo el salón. John me miró con cara extrañada y no fue el único. Les conté cómo me había enterado y expuse de memoria todos los detalles que Reinard había averiguado —transacciones que habían realizado desde que se instalaron en Nueva York, cifras, datos sobre sus negocios y datos sobre ellos.

Mi padre me miró orgulloso.

—Esta nueva familia, los Cabante —proseguí—, han venido para quedarse y se están metiendo en nuestro negocio. Necesitamos propuestas para quitarlos de en medio.

—Pues hagamos eso, quitarlos de en medio. —Dijo Palmiro Inchenzza, el padre de Matteo.

—No. —Sentenció Doménico, mi abuelo—. Primero debemos intentar la vía pacífica. Ya no estamos en los sesenta. No podemos ir matando gente a sangre fría.

Mi abuelo era muy respetado por todas las familias y se le conocía en nuestro círculo como uno de los grandes *consiglieres* de Nueva York de las últimas décadas. Además, no se había quedado atrás, él había avanzado con los tiempos y su opinión siempre se tenía en cuenta.

—Propongo hacerles una visita —Dijo mi abuela, Annetta, hablando más para mi abuelo que para el resto, aunque todos estábamos escuchándola—. ¿Recuerdas cuando los Marconni llegamos a Nueva York? —Mi abuela era una Spígola, pero adoptó el apellido de mi abuelo cuando se trasladaron a Estados Unidos. Los Spígola seguían siendo una de las familias más poderosas de Sicilia y yo sabía que seguíamos estando en contacto con ellos, pero mi padre todavía no había querido introducirme en esa parte del negocio—. Quisieron echarnos por todos los medios pero se dieron cuenta de que no podían con nosotros, así que decidieron compartir parte del pastel y hasta ahora.

—Por separado somos fuertes, pero juntos somos invencibles. —Dijo Doménico, utilizando esa frase lapidaria que le gustaba tanto y que hacía que a todos se nos pusieran los pelos de punta—. Está bien. Iremos a verlos.

—¿Pero qué estáis proponiendo? ¿Darles parte de nuestro negocio? —Preguntó Salvatore Lorenzo, el padre de Zia.

—Claro que no, Salvatore. —Respondió mi abuelo—. La confianza se gana, no podemos regalársela sin más.

—Estoy de acuerdo con mis padres —Dijo mi tío Agostino— primero hemos de ver a qué se van a dedicar, qué buscan en nuestro territorio, y si podemos llegar a un acuerdo con ellos para no pisarnos los negocios.

—¿Y a quién encargamos esa tarea? —Preguntó Sylvana Gulio, la madre de Fiorella. El padre, Noah, no estaba presente. Era un americano a quién le gustaba poco o nada la vida que llevábamos. Él pensaba que Carrick, el novio de Fiorella, sería de su misma opinión y que por fin

conseguiría apartar a su hija del peligro que nuestro estilo de vida suponía, pero mi amiga era igual que su madre. No había nada que hacer. Sylvana ni siquiera quiso adoptar el apellido de Noah y no consintió que su marido se lo impusiera para Fiorella. Como decía Ignato, el fallecido abuelo de mi amiga, ese apellido era su legado.

—¿Qué os parece si lo hace Blake? —Dijo mi casi suegro, Luciano Ricco. Los padres de John me adoraban, al igual que mis padres a él. Llevábamos toda la vida juntos.

John y yo nos miramos. Sabía que estaría a mi lado si decidían que fuera yo la encargada de acudir a negociar. Siempre hemos formado un buen equipo y, pasara lo que pasara entre nosotros, no dejaríamos de serlo.

—Esa no es tarea para una niña —Espetó Petra Léoni, la abuela de Zia. Ya decía yo que estaba muy callada. Petra siempre tenía algo que objetar. Aunque con los Lorenzo nos llevábamos como hermanos —Salvatore y Graziella eran mis padrinos—, los Léoni, —apellido que Petra nunca había abandonado— estaban hechos de otra pasta. Mi padre tenía claro que, si alguna vez teníamos problemas con alguna de las cuatro familias restantes, sería por parte de los Léoni, que aún operaban de manera muy activa en Roma, donde la abuela de Zia había dejado a sus hermanos antes de emigrar a Nueva York.

—Hasta ahora no creo que tengamos queja de su actuación —volvió a la carga Luciano—. De hecho, si no llega a ser por ella, nadie habría detectado aún a los Cabante.

—Nosotros la acompañaremos —dijo mi primo Giordano, refiriéndose a Cósomo y a él.

—Yo también iré. —John dio un paso adelante y apoyó la mano en el hombro de Kinsley, su madre, quién le devolvió el gesto de forma afirmativa.

—En esta ocasión tengo que darle la razón a Petra —expuso Rosetta Inchenza, la madre de Matteo, aunque no estaba muy conforme por haber coincidido con la Léoni—. Debemos hablar con el padre, ¿Cómo se llama?

—Alessio. —Contesté yo.

—Exacto. Esto debe hablarse entre cabezas de familia, no entre niños —Rosetta se inclinó hacia adelante, dirigiéndose directamente a mí—. Blake, sabes que confío en ti tanto como en mis tres hijos —desvió su mirada a Matteo, Elio y Fredo, allí presentes—, pero el negocio es nuestro, vosotros todavía estáis aprendiendo.

—No. —Dijo Reinard, hablando por primera vez. Normalmente, los hombres que trabajaban para las familias no hablaban en estas reuniones, pero yo sabía que si Rei quería decir algo, sería importante. Le hice un gesto de asentimiento para que continuara—. El padre es un mero figurante en la empresa, en cuanto le den la plaza de Juez desaparecerá del mapa. Al principio estará bajo el punto de mira de todos y nadie puede dudar de su reputación si quiere poder campar a sus anchas en unos años. Tiene que ser absolutamente legal. Del negocio se harán cargo sus tres hijos y a la cabeza estará el mayor, Alessandro.

Mi amiga Fiorella se levantó de su silla y se acercó más a nosotros.

—Entonces, será mejor que sea alguien de su edad quién hable con él. Puedo hacerlo yo misma.

—Fiorella. —Advirtió Carrick, y vi en sus ojos que no quería que Fio se expusiera al peligro. No conocíamos a los Cabante.

—Yo creo que Blake es perfecta para ello. —Siseó Scarlett, la hermana de John, con un tono que no me gustaba nada. No sabía por qué, pero siempre había notado que yo no le caía bien. Tenía dieciséis años, ni siquiera debería estar participando en esta conversación.

—Tú no te metas. —Le dijo John—. Iremos los dos y no se hable más.

—¡Oye! ¿Y nosotros? —Se quejó mi primo Cósomo, que ya percibía un poco de acción. Era

un yonki de la adrenalina, siempre me burlaba de él por eso.

—Vosotros nos cubriréis por si surge algún problema.

—¿Todos de acuerdo, entonces? —Preguntó mi padre, echando un vistazo general a los cabezas de familia.

Salvatore, Sylvana, Palmiro, y Luciano asintieron.

—Pues que así sea. —Sentenció Roberto.

Quedamos en que el encuentro se llevaría a cabo este mismo fin de semana. ¿Para qué retrasarlo más? Las familias se disolvieron y volvieron a la fiesta que se estaba desarrollando fuera del salón, al margen de nuestras intrigas. Pero antes, Kinsley, mi casi suegra, se acercó a mí.

—Querida, estas preciosa. —Me dio un beso en la mejilla y yo se lo correspondí con un abrazo.

—Muchas gracias.

—Has manejado la situación de manera excelente. Serás digna sucesora de tu padre algún día. —Me dijo al oído, para que solo yo la escuchara, antes de marcharse.

—Blake. —Me llamó mi padre. Mis abuelos, mis tíos y mis primos seguían presentes—. Tu madre y yo tenemos un regalo de graduación para ti.

Beto entró al salón con unos papeles entre las manos que puso delante de mí.

—¿Qué es esto?

Mis abuelos y mis padres se miraron y, cuando alcancé a ver el título que rezaba en la documentación, la oportunidad que se desplegó ante mis ojos era la que menos me esperaba en este momento y, más aún, cuando estábamos rodeados de tanta incertidumbre.

Delante de mí tenía un contrato que me daba el control del cincuenta por ciento de la compañía de mis padres, que antes había sido de mis abuelos. No se trataba de *Grifood*, que solo era una empresa de papel al frente de otras muchas empresas pantalla que servían para ocultar lo que hacíamos en realidad. Mediante la firma de ese documento me traspasaban las acciones de Florenzza Bonetti, una Fundación que llevaba ese nombre por la madre de mi abuelo y que contenía todo nuestro patrimonio legal.

—El otro cincuenta por ciento es para tus primos. —Dijo mi abuelo—. Como sabes, en la familia el reparto se hace por estirpes, no por cabezas.

—Agradece que seas hija única. —Me dijo mi madre dándome un abrazo—. Enhorabuena.

Miré a mis primos, que ya sabían de qué iba la historia. Lo vi en sus sonrisas pícaras.

—Los tres hemos crecido en este negocio, primita. Hemos labrado nuestro destino superando a gente que nos doblaba la edad. Es nuestro momento. —Me dijo Giordano, que tenía un año menos que yo. Él se iba a licenciar en ingeniería informática y programación el año que viene.

—Conocemos a todos los contactos, a los grandes compradores, tenemos los medios y sabemos cómo proporcionar a la gente lo que necesita y cómo distribuirlo. —Dijo Cósomo. Tenía diecinueve años pero era un pequeño genio. Había empezado a estudiar marketing y finanzas y ya sabía más sobre el tema que cualquiera de su clase—. Nosotros hemos crecido en Nueva York, esta es nuestra ciudad, son nuestras calles. Nadie va a venir a arrebatárnoslas.

En otro momento, hubiera pensado que sí, que tenía razón. Pero ahora era consciente de que existían errores que cometíamos porque nos creíamos invencibles.

Yo no iba a cometer ese error.

Capítulo 4. El encuentro

ÁLEX

—¿Vas a algún sitio? —Me preguntó mi madre, Fiona, levantando una ceja, cuando yo me disponía a abrir la puerta.

—Voy a dar una vuelta.

No quería admitirlo, ni siquiera para mí mismo, pero iba a ver a Blake. Hubo algo que me atrajo de ella y estaba decidido a averiguar qué era.

—¿Por qué no te quedas hoy en casa? Estoy preparando lasaña. —Me dijo con ese tono de ternura en su voz, que siempre utilizaba cuando estaba asustada.

No podía pensar en comer en ese momento. Jodidas mariposas.

—No puedo, mamá. Alguien tiene que controlar el negocio.

—El negocio, el negocio, ¡siempre igual! Como sigas así, va a acabar contigo antes de cumplir los treinta. ¿No podías haber estudiado, como tu padre?

Si mi padre había estudiado para ser Juez, era precisamente para avanzar y conseguir las cosas de manera más sencilla, no por seguridad. En Italia, mi primo Leo era el que estaba siguiendo sus pasos. Se había metido en la política y, con veintisiete años, ya era la mano derecha del alcalde de Roma. Claro, que mi tía Mérida, viuda desde que Leo cumplió los nueve años, había tenido mucho que ver en ello. Salía con el alcalde desde hacía un tiempo y, antes de irnos, ya habíamos escuchado rumores de boda.

—Dile a tus hermanos que vayan contigo. —Continuó sin esperar mi respuesta.

—Les he pedido que hagan otros trabajos para mí. —Me acerqué a ella y le di un beso en la cabeza. Mi madre, tan pequeña y tan grande a la vez—. *Non ti preoccupare. Torno subito.*

Suspiró resignada.

—*Va bene.*

No era mentira. Había puesto a mi hermano Romano a investigar a las cinco familias. Necesitaba saber más sobre ellas. Y Bastián estaba buscando negocios para ampliar nuestra zona. Había sido difícil, pero, poco a poco, nos estábamos abriendo un hueco en la ciudad. Debíamos hacerlo. A Roma no podíamos volver.

Cuando llegué a casa de Blake, repetí el mismo procedimiento de la última vez, saltando el muro por el punto de ciego del jardín. Ni siquiera sabía si estaría allí, pero me arriesgué. Esta vez iba a ser más temerario. Quería saber cuál era su habitación, qué estaba haciendo, necesitaba averiguar cosas sobre ella.

Tuve que quedarme escondido al ver que dos coches se acercaban a la casa, una vez abiertas las verjas de la entrada. Del primero, un Honda SUV negro, con los cristales tintados, salieron dos chicos que reconocí como los primos de Blake. Romano me había enseñado sus fotos esta mañana, y le noté cierto interés por el pequeño de ellos. Ya indagaría más. Del segundo vehículo, un Mercedes deportivo plateado, salió un chico que no me sonaba de nada y eso me inquietó. ¿Quién era? Todavía no había recibido la información sobre las otras familias, ¿sería algún miembro de alguna de ellas?

Saqué mi móvil, le hice una foto y se la envié a Romano con un signo de interrogación. Él lo entendería. Los tres se reunieron y estuvieron hablando escasos minutos hasta que Blake salió. Iba totalmente vestida de negro, con un pantalón tobillero, un jersey de mangas cortas y, de nuevo, unos tacones de infarto. Todos se quedaron mirándola, pero el chico rubio lo hizo con especial interés y no podía negar que me molestó.

¿Cómo era posible que estuviera sintiendo esto? ¿Eran celos? ¿Qué me estaba pasando?

Sacudí la cabeza, como si con ello pudiera deshacerme de esos sentimientos, y me quedé

mirando la escena. Blake le dio un beso en la cara a cada uno, pero el tipo rubio la cogió la de mano y fundió el beso con un abrazo. Ella parecía incómoda. No podía ser su novio, de haberlo sido, no le hubiera molestado ese acercamiento. Blake se apartó del chico y empezó a hablar con los tres. Parecía estar dando instrucciones y eso me encendió. Esa chica tenía el poder de hacerme arder y todavía no había cruzado ni una sola palabra con ella.

Salí de mi escondite y volví sobre mis pasos. Sabía que debía mantener las distancias, todavía no estábamos lo suficientemente asentados en la ciudad como para darme a conocer o que se hablara de nosotros, pero a la mierda. Iba a hacer mi presentación en ese momento.

Cogí mi moto y me dirigí hacia la verja de entrada. Me quité el casco para que se me viera bien por la cámara y le di al botón.

—Identifíquese. —Dijo una voz en *off*. Sería alguien de seguridad.

—Soy Alessandro Cabante.

Nadie abrió.

La verja quedaba lejos de la puerta principal de la mansión, donde estaban los Marconni, por lo que dudaba de que fueran capaces de verme. En todo caso, verían a alguien apostado a las puertas de su casa y sospecharían de mis intenciones.

Por suerte, los dos coches que habían entrado hacía unos minutos tenían intención de salir ahora, así que me quedé allí en medio mientras las puertas se abrían. Los coches pararon y los cuatro, ambos primos en el Honda y Blake con el rubio en el Mercedes, salieron a mi encuentro.

Ella iba decidida hacia mí, pero se paró cuando le restaban dos metros para llegar hasta donde yo estaba. Los otros tres se quedaron un paso por detrás de ella.

Yo, que estaba apoyado en la moto, me incorporé y la encaré de frente, guardando la distancia que ella había impuesto.

—Vaya, vaya. —Comenzó con una sonrisa contenida—. Justo a quién quería ver.

Fruncí el ceño. Seguramente los de seguridad le habían dicho que yo estaba allí, pero ¿Me conocía? ¿Sabía quién era yo o mi familia?

—¿Nos conocemos? —Le pregunté, esbozando a mi vez otra sonrisa.

—Parece que, de una forma u otra, estábamos destinados a conocernos hoy. —Dijo, en una especie de broma privada—. ¿Has oído hablar de mí?

Se la veía muy segura de sí misma. Era valiente, decidida. Intuí que se habría comportado de igual manera aunque no tuviera a esos tres armarios a su espalda.

—No. —Mentí. Quería ver cómo reaccionaba—. Creo que, de ser así, te recordaría.

—Pues yo creo que sí has oído hablar de mí. —Dio un paso hacia delante y los armarios se movieron con ella—. Estás haciendo negocios en mis calles y mis negocios soy yo.

Di otro paso, acercándome más. Era un paso pequeño, pero demostraba que yo no me iba a achantar. Joder, incluso me estaba divirtiendo.

—Me da la sensación de que tú eres mucho más que tus negocios. —Le dije, provocándola.

Ella ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—¿Y tú? ¿Eres más de lo que aparentas, o solo un chulo engreído?

Me puse las manos en los bolsillos, dejando caer un poco mi pantalón con el movimiento. Su mirada se desvió imperceptiblemente hacia la curva de mis caderas, que quedaba a la vista. Dibujó una mueca que no supe interpretar, hubiera apostado a que era deseo, pero se recompuso al instante.

—¿Quieres descubrirlo?

El rubio se adelantó y la tomó por la cintura con un gesto posesivo que ella deshizo en cuanto pudo. Eso me gustó. No quería ese contacto o, al menos, no delante de mí.

—Ya veo que no. —Dije, pareciendo decepcionado, aunque no sé hasta qué punto realmente lo estaba—. No querría que tu novio se enfadara.

—No es mi novio. —Me dijo, más rápido de lo que le hubiera gustado.

Ví como el dolor cruzaba la mirada del chico, mientras el gesto de los primos era de sorpresa.

—Me parece que él no piensa lo mismo. —Volví a incidir. Era un don que tenía, se me daba muy bien leer a las personas y cuando descubría la debilidad de alguien, la aprovechaba.

—Él tiene voz. Soy John —se presentó el rubio— y no hace falta que traduzcas lo que pienso.

—Primita, creo que estamos un poco perdidos por aquí. —Dijo uno de los primos, el más corpulento, señalándose a sí mismo y a su hermano en un gesto que me resultó cómico y mirando hacía John y Blake intermitentemente. No sabía por qué pero en ese momento sentí que nos íbamos a llevar bien.

Blake les lanzó una mirada que sirvió para acallarlos. Por el gesto que hizo, seguramente quería decir que se lo explicaría luego. Era una pena, a mí también me gustaría saber de qué iba la historia.

—Ya que estás aquí —me señaló, volviéndose hacia mí—, ¿Por qué no entras? Tenemos que hablar.

Se metieron en los coches y yo me monté en mi moto. Me estaban invitando a la madriguera del lobo... No. El lobo de este cuento era yo.

Capítulo 5. El pacto

ÁLEX

Aparcamos a las puertas de la mansión y me dejaron paso para que entrara primero. Estaba seguro de tener los ojos de Blake clavados en mí, pero eso no me detuvo para fijarme en todo lo que había a mi alrededor. Casi me entraron ganas de silbar. Debía admitir que la casa era una pasada por dentro. Una escalera central de mármol dividía dos estancias. Solo les faltaba los carteles de “Ala este” y “Ala oeste”. Al fondo, detrás de la escalera, había una puerta de servicio que, seguramente, daría a otras tantas habitaciones. No quería imaginarme lo que habría arriba. Todo en esa casa brillaba con un lujo ostentoso, que no iba nada con las personas que la habitaban, o eso me parecía.

—Mis abuelos construyeron esta casa. —Dijo Blake a mi espalda—. En su época, daba refugio a muchos inmigrantes italoamericanos, por eso quiso hacerla tan grande.

Sabía lo que estaba pensando. No se le escapaba una. Me gustaba que fuera de mente rápida y despierta. Me mantenía alerta.

—Pero los tiempos cambian. —Dije yo.

—Claro que lo hacen. —Me contestó guiándome al ala este de la casa, hacia una sala de reuniones—. Pero es fácil acostumbrarse al lujo cuando no has tenido nada. Lo contrario... Es mucho más complicado.

Se quedó pensativa y, por un momento, me descubrí queriendo saber hacia dónde había volado su mente.

—Algo me dice que tú no necesitas tantos lujos para vivir. —Quise traerla de vuelta.

Me miró suspicaz.

—Esta casa la han decorado mis abuelos y luego mis padres le han dado su toque. No, no lo necesito, pero eso no significa que no me guste. Mira este cuadro, por ejemplo. —Señaló un paisaje brumoso, con unas cuantas barcas navegando en el mar y un sol contemplándolas desde arriba—. Es *l'Impression, soleil levant*, de Monet —pronunció en un perfecto francés—. A veces me paro a contemplarlo y me quedo maravillada por las sensaciones que transmite.

Estábamos rodeados por sus primos y el rubio, que estaba apretando los dientes, pero parecía que estábamos solos. Sí, ya sabía que el pijo Neoyorkino se llamaba John, pero me daba igual.

Ella miraba con aire contemplativo el cuadro y yo la miraba a ella. Creo que nuestras visiones nos transmitían a ambos la misma paz y daba un miedo de cojones.

—¿Es una copia? —Me aventuré a preguntarle.

Ella se giró divertida hacía mí y alzó una ceja.

—Debe serlo. —Sonrió—. Se supone que el original está en Museo Marmottan Monet de París.

Le devolví la sonrisa. Cada vez me gustaba más esa chica.

Alguien carraspeó a nuestra espalda y ambos nos volvimos. Era el pijo.

—Bien, creo que ya es hora de tratar el asunto que nos ocupa.

Blake asintió y todos tomamos asiento. Ella presidiendo la mesa, con uno de sus primos a cada lado y el rubio a continuación. Por molestar, yo me puse en la otra punta, también presidiendo. Dada la extensión de la mesa, iba a tener que gritar mucho para hacerse oír. Seguro que me divertía, o eso pensaba yo. Blake abrió un cajón de debajo de la mesa y sacó un micrófono. Me entraron ganas de soltar una carcajada en ese preciso momento. Estaba claro que no era su primera reunión, no la iba a poner nerviosa con estas chorradas.

—No te molestes. —Le dije levantándome—. Mejor me acerco un poco.

El amago de su sonrisa me hizo querer reír, por lo que tuve que recordarme que aquí veníamos a tratar asuntos serios.

—Mejor —Estuvo de acuerdo. Cuando yo me hube sentado, ella se puso de pie y continuó—. Ha sido una casualidad que vinieras a mi casa, nosotros íbamos a buscarte.

Me pareció raro, pero no dije nada. Esperé a ver qué querían decirme. Ella daba vueltas por la sala, fijando la vista en los demás de vez en cuando, pero sobre todo en mí. Se quedó en silencio unos instantes y, cuando hubo ordenado sus ideas, vino hasta mí por el otro lado de la mesa, apoyó sus manos en la misma y se inclinó hacia adelante. Seguíamos lejos porque la mesa tenía un ancho descomunal, pero sus ojos clavados en mí me atrapaban, haciendo que mi interior ardiera.

—Estás haciendo negocios en mi calle, por lo que entenderás claramente dónde está el problema.

Ahí teníamos a la chica fría, calculadora, intimidante.

—¿No hay suficiente para todos? —Me hice el inocente.

Se incorporó.

—Esa es la cuestión. Mi abuelo no quiere que os matemos —me dijo con toda la tranquilidad del mundo—, al parecer está pasado de moda. Queremos daros una oportunidad, ver si podemos convivir, pero necesitamos saber a qué os vais a dedicar, qué trozo del pastel os queréis llevar y que esa porción no lleve nuestro nombre. —Concluyó amenazante.

—¿Tengo que daros mis medidas también? —Me burlé.

Resopló por la nariz. No iba a ponérselo fácil y ella lo sabía.

—Tienes que entender que no hablo solamente en nombre de los Marconni, en esto represento a las cinco familias y estáis en minoría. Más os valdría intentar llegar a un acuerdo con nosotros, antes de que llevar las cosas por otro camino menos... placentero.

Me gustaría probar ese camino, pero tendría que ser en otro momento. Hasta que mi padre fuera oficialmente Juez, teníamos que pasar desapercibidos y un pacto con las otras familias nos vendría muy bien.

—Está bien. Acepto. Dime qué necesitas.

Ella arrugó la cara en un gesto adorable. Madre mía, yo estaba utilizando la palabra “adorable”, ¿pero qué me estaba pasando?

—¿Estás seguro de que tienes autoridad para aceptar este pacto?

—Me ofendes, muñeca. —Me puse de pie y adopté la postura que ella tenía antes, con las manos sobre la mesa—. Tú cuida de tu negocio, que yo cuido del mío.

—Muy bien, pero las cosas se harán a mi manera. —Me dijo desafiante.

—Por mí, vale. —Respondí.

No me importaba lo que me pidiera, iba a ir al infierno de todas formas.

Blake me acompañó a la puerta. Seguro que tendrían servicio para eso, así que me tomé como un halago que lo hiciera personalmente. Una vez despachado el asunto, podía haber decidido no volver a verme.

—¿Y tú para qué habías venido? —Me preguntó, cuando yo ya pensaba que se le habría olvidado.

—Para lo mismo. —Contesté rápido. No podía negar que sonaba plausible. Sin ellos saberlo, me habían dado la excusa perfecta y, además, una tregua única.

Me despedí de ella con un apretón de manos y aproveché para acariciar su piel durante unos segundos. Vi como su vello se erizaba por mi contacto y disfruté de mi pequeño triunfo. Si el

rubito no se había tirado ya de los pelos, estaba seguro de que no le faltaría demasiado.

—Mi primo te pedirá todo lo que necesita. —Quiso retirar su mano pero la detuve.

—Ha sido un placer, Blake. —Le di un beso en la parte interior de la muñeca.

—Igualmente, Alessandro.

Le sostuve la mirada durante unos segundos, mientras nos consumíamos el uno al otro, como puro fuego.

—Llámame Álex.

Asintió y giró sobre sí misma, pasando de largo al tal John.

—Cósomo, encárgate.

Blake desapareció tras la puerta y el perrito faldero la siguió. El primo que sabía que me caería bien se acercó hasta mí y me tendió un documento, mientras el hermano se quedaba unos metros por detrás.

—¿Solo te falta esto? —Me dejó impresionado. Solo necesitaba unos datos sobre cómo movíamos el dinero. Tenían localizadas todas nuestras empresas y los negocios que manejábamos, aunque solo estaba contemplado lo de Nueva York, no había ninguna referencia sobre nuestra vida en Roma. Eso le iba a costar mucho más encontrarlo. Lo enterramos todo antes de salir de allí.

—Sí, todo lo demás lo ha averiguado Giordano. Él es el mago del ordenador. Yo me encargo de estudiar los datos y sacar conclusiones.

Fruncí los labios.

—Increíble. En mi familia es mi hermano Romano el que se encarga de la investigación y yo soy el que une las piezas del puzzle. —Una bombilla se encendió en mi cabeza. Era el momento perfecto para hacer que Romano y Cósomo hablaran—. Quizá te gustaría conocerlo, hay algunos detalles que son como rompecabezas y, aunque me insiste mucho, nunca tengo tiempo de echarles un vistazo.

—Claro. Dile que me pasará cuando me avise. En la documentación llevas mi número y mi correo electrónico. —Seguro que mi hermano me echaba la bronca después. No sabíamos si a Cósomo le gustaban o no los chicos, pero sería una buena forma de averiguarlo—. Y, oye, envíame los datos en cuanto los tengas, pero no tardes más de dos días o iremos a hacerte una visita obligada.

Sí, definitivamente, me caía bien.

Hice el amago de moverme para ir hacia mi moto, pero la voz de Giordano me detuvo.

—Eh, sé que está en tu naturaleza pero... Yo no me metería con ella. Blake puede ser despiadada si cree que eres una amenaza para el negocio.

Eso sí que no me lo esperaba. Entendía que pudiera ser así, pero me costaba imaginármela.

—Parece demasiado buena como para eso.

—Eso es porque no la conoces. —Me advirtió.

¿Y quería conocerla?

Oh, por supuesto que sí.

Capítulo 6. Cosa nostra

BLAKE

Mis primos se pasaron el resto de la mañana intentando sacarme información sobre lo que pasaba con John. Les dije que se lo contaría a todos en el almuerzo, no pensaba repasar la historia una y otra vez. Con haberla vivido, me bastaba. Ya era suficientemente doloroso. En cambio, sí rememoré al menos una decena de veces mi conversación con Álex, sus caricias furtivas y su acento increíblemente sexy. Paseé mis dedos por la muñeca que él había besado. Todavía sentía el cosquilleo de sus labios sobre mi piel. Fue un momento muy intenso, aunque apenas duró unos segundos.

Desde el instante en que nuestras miradas se encontraron, el mar azul de sus ojos me atrapó y supe que, si le dejaba, ese chico marcaría un antes y un después en mi vida. Así que la solución estaba clara. Debía levantar un muro y encerrarme dentro de él, porque dejarle entrar significaba darle el poder para destruirme. Un lujo que yo no me podía permitir.

—¿Nos lo vas a contar ya? —Me preguntó Giordano en mitad de la comida.

Fulminé a mi primo con la mirada.

—¿De qué habla, Blake? ¿Hay algo más que no nos hayas dicho? —Dijo mi padre algo inquieto. No le gustaban los imprevistos. Yo ya les había hablado sobre el pacto al que habíamos llegado con los Cabante y ellos se iban a encargar de informar al resto de familias.

—Tengo que contaros algo. A todos. —Me puse en pie, como hacíamos habitualmente cuando alguien tenía que dar alguna noticia importante—. He dejado a John. No le quiero.

Mis padres se miraron y luego mi tío Agostino se dirigió a mi abuelo.

—Sabía que esto iba a pasar. Era demasiado perfecto.

Doménico le hizo callar y dejó que yo continuara mi explicación.

—Esto no es un capricho —los miré a todos—, no es que esté cansada, lo he meditado mucho y no puedo fingir lo que no siento. Sé que tenéis planes para nosotros, pero yo soy lo suficientemente fuerte para tomar las riendas de la familia sola. No necesito a nadie a mi lado.

—No estarás sola, prima. Nos tienes a nosotros. —Dijo Cósomo y Giordano asintió.

—Ha llegado el momento. —Mi madre, Lena, se puso en pie e hizo que yo me sentara.

—¿El momento de qué? —Pregunté confusa.

Las miradas que mi madre y mi padre se dedicaban me tenían nerviosa. Quería que dijeran ya lo que fuera. ¿No irían a obligarme a que me casara con John? Por supuesto que no. Estábamos en el siglo XXI, ellos no mandaban sobre mí.

—Blake, Giordano, Cósomo —nos llamó la atención a los tres— hay algo que no sabéis. Siempre os hemos tenido apartados de esta parte del negocio, que es la más peligrosa. —Hizo una pausa—. Annetta, ¿quieres explicárselo tú?

Mi abuela negó con la cabeza y creo que vi cómo una lágrima se le escapaba de su ojo derecho. ¿Qué estaba pasando?

—Yo lo haré. —Dijo mi tía Bianca, poniéndose en pie—. Veréis, la familia de mamá, los Spígola, siguen muy bien situados en Silicia y, como sabéis, tenemos negocios importantes con ellos.

Los tres asentimos. Eso ya lo sabíamos.

—Pues bien, —continuó—, lo que no sabéis es de qué clase de negocios se trata.

—Allí el crimen organizado toma nombre propio —interrumpió Doménico—. Hace tiempo os dije que debíais dejar ese negocio. No trae nada bueno.

—*E la mia famiglia.* —Dijo Annetta.

—*Questa è la tua famiglia. Loro sono problemi.* —Repuso Doménico.

Mis primos y yo sabíamos italiano a la perfección. Aunque siempre utilizábamos el inglés, nuestros abuelos se habían encargado de enseñarnos su lengua materna y puedo decir que las palabras que habían pronunciado no auguraban nada bueno, aunque supongo que, por el tono de la conversación, cualquiera podría haberlo deducido.

—Son asesinos a sueldo. No hay forma amable de decíroslo. —Espetó Bianca—. Bueno, se dedican a muchas más cosas, pero en esta es en la que nosotros participamos. El problema, como dice papá, es que la familia exige lo que la familia da.

El rostro de mi tía hizo una mueca, como compungida, y supe que ahora venía lo peor.

—Los Marconni contrajimos una deuda con los Spígola, que los Ricco se encargaron de pagar. —Bianca me miró a mí directamente, haciéndome comprender lo que quería decir—. Digamos que a los Spígola les encargaron asesinar a una persona y nosotros no lo podíamos permitir. Ellos nos dijeron que no la matarían si nosotros la escondíamos bien. Nadie podía enterarse de que seguía viva. En aquél momento, los Marconni no teníamos medios suficientes para hacerla desaparecer y les pedimos ayuda a los Ricco. Actualmente, solo ellos saben dónde está, por su seguridad y por la nuestra.

¿Quién sería esta persona? ¿Y por qué era tan importante para mi familia?

—¿Y qué tiene eso que ver con John y conmigo? —Quería llegar al fondo del asunto como fuese.

—Para sellar la alianza, los Ricco pidieron un matrimonio que hermanara ambas familias y, por edad, se decidió que fueran los hijos mayores los que cumplieran el pacto.

—Pero se puede romper —dije levantándome—. La familia de John no se opondrá, ellos me conocen, me quieren. Hablaré con ellos.

—Esto está por encima de ti, Blake, y de nosotros. —Intervino mi madre—. En estos años los Marconni hemos prosperado mucho. Más que los Ricco. A ellos les conviene este pacto y nosotros necesitamos que sigan manteniendo su parte del trato. No conocemos el paradero de la persona a la que protegimos y tampoco podemos permitir que salga a la luz. Sería el fin de nuestras familias.

Negué con la cabeza, llena de rabia e indignación. No sabía quién sería esa persona a la que tanta devoción le tenían, pero habían sacrificado el resto de mi vida por la suya. Esperaba que la estuviera disfrutando.

—Decidisteis nuestro destino sin contar con nosotros. —Escupí furiosa.

Mi madre me miró, como solo una madre sabe hacerlo.

—Cariño, puede que queramos parecer una familia normal, puede que aparentemos ante los vecinos o que vosotros lo hagáis en clase, pero no os engañéis: esto es la mafia.

Y, por primera vez en toda mi vida, esa realidad cayó sobre mí como un jarro de agua fría.

Capítulo 7. Se hizo la luz

ÁLEX

Mi hermano se cabreó conmigo cuando puse sobre la pantalla de su ordenador el número de teléfono de Cósomo, aunque el bastardo tardó exactamente quince minutos en decidirse a llamarlo. Bass y yo nos reímos de lo lindo a su costa.

Quedaron esa misma tarde y fui a recibirlo cuando mi madre le abrió la puerta.

—*Buon pomeriggio. Sono Cósomo Marconi.*

Escuchar a alguien que no fuera de mi familia hablar nuestro idioma hizo que se me instalara una sonrisa en la cara.

—Hola Colega. —Le di una palmada en el hombro.

—Hola, Álex. Oye, ya que estoy aquí ¿Tienes lo que te pedí?

La verdad es que sí lo tenía, pero no pensaba decírselo. Esa información la entregaría en persona, así tendría la oportunidad de ver a Blake.

—Todavía no. Mañana lo tendré.

Creo que entendió mucho más de lo que le dije, porque esbozó una sonrisa burlona.

—Está bien. ¿Dónde está Romano?

Seguro que estaría echándose colonia. Lo conocía bien. Llevaba dos horas listo y aun así hacía esperar al chaval.

—Ve a su cuarto. Está arriba, el segundo de la derecha.

Mi casa no era grande, ni ostentosa. Tenía dos plantas. La primera contenía el salón, la cocina y un baño, mientras que en la segunda se hallaban los dormitorios. Podíamos habernos permitido algo mejor, por supuesto que sí, pero queríamos pasar desapercibidos.

—¿Marconi? —Dijo mi padre a mi espalda—. ¿Qué tienes que darle a ese chico?

—Ayer estuve hablando con ellos. Llegamos a un pacto de transparencia para no pisarnos los negocios.

Mi padre arqueó las cejas.

—¿Y ese pacto es unilateral o ellos también nos van a dar su documentación?

—Necesitamos que confíen en nosotros. —Le expliqué.

—No, los Cabante no rendimos cuentas a nadie. ¿Me quieres decir por qué estás permitiendo esto Alessandro?

No me estaba dejando llevar por mis sentimientos hacia Blake ni nada de eso. Antes de decidirme a aceptar, sopesé fríamente lo que supondría darle nuestra información y, por el momento, me pareció la mejor opción. Además, no quedamos en cuánto tiempo iba a durar ese pacto y podríamos cambiar nuestra forma de operar en un santiamén sin informar a nadie de ello.

—Papá, piénsalo. Si no hacemos un pacto con las familias, nos comerán vivos. Cuando consigas el trabajo como Juez, entonces haremos nosotros las normas.

—Les estas dando el control sobre nosotros ¿cómo quieres que esté de acuerdo con eso?

—Confía en mí, papá. Sé que estoy haciendo las cosas bien.

—Lo hago, por eso siempre te he dejado libertad de movimientos, Alessadro, porque sé de lo que eres capaz, pero esto no me gusta. Espero de todos mis empleados la excelencia. Eso te incluye también a ti.

—¿Soy un empleado más? —Le pregunté molesto.

—Hasta que yo deje de ser el cabeza de esta familia, sí. Me informas a mí. Y te lo advierto, cometer un error de ese tipo a estas alturas sería imperdonable.

Mi padre sentenciaba y yo acataba. Siempre había sido así. Pero hacía tiempo que era yo quien tomaba las decisiones. En casa dirigía a un grupo de veinte hombres. Él no sabía lo que se

movía delante de sus narices, confiaba en que yo podía con todo. Desde que estábamos aquí, con tanto tiempo libre y después de lo que nos ocurrió en Roma, se había vuelto mucho más precavido y, aunque yo lo valoraba, no me dejaba hacer bien mi trabajo. Tendría que hablar con él pero, por el momento, continuaría haciendo las cosas a mi manera, yo siempre había sabido lo que era mejor para la familia.

Fui hasta la habitación de Romano y pegué la oreja a la puerta. Se les escuchaba hablar y reír.

—¿Qué haces, Álex?

Bass apareció de la nada y me dio un susto de cojones.

—Quiero preguntarle a Roma si vamos hoy a Tribeca, pero no quería interrumpir.

—Tú interrumpes, hombre. Sino cómo vamos a enterarnos de lo que se cuece.

Llamé a la puerta y Bass la abrió sin esperar a que mi hermano nos permitiera pasar. Roma y Cósomo estaban sentados delante del ordenador.

Bass se tumbó en la cama y yo me apoyé en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Oye, ¿vamos a Tribeca esta noche?

—Claro. —Roma miró a Cósomo—. Hemos descubierto una discoteca genial allí. Se llama Lumière. ¿Por qué no sales con nosotros esta noche?

El tono de Roma sonaba esperanzado, pero también atisbé una señal de interés por parte de Cósomo. ¿Sería posible que estos dos estuvieran destinados a encontrarse?

—Claro, se lo diré a mi hermano.

Me metí en la conversación. Quería verla y, si era esta noche, mejor.

—¿Se lo dirás también a Blake?

Esbozó una sonrisa enigmática.

—La verdad es que le vendría muy bien. Hemos tenido un almuerzo bastante movido.

Quise saber a qué se refería, pero antes de poder preguntarle, ya estaba llamando.

—Dime, Cos. —Se escuchó la voz de Blake al otro lado de la línea.

—Primita, llama a las chicas. Esta noche nos vamos de fiesta.

BLAKE

Zia, sus hermanas, Martia y Vera, Fiorella y yo, nos dirigíamos hacia el Lumière, la discoteca que habíamos adquirido hacía unos meses en Tribeca. Mis primos nos esperaban allí. Los chicos vendrían más tarde y suponía que John vendría con ellos. Todavía no sabía cómo iba a tratar el tema con él. ¿Seguía siendo mi novio? ¿Debíamos fingir éramos pareja? ¿Tendría que besarle? No es que me diera asco ni nada de eso, quería a John, solo que no estaba enamorada de él y era una auténtica putada que alguien quisiera más de ti cuando tú no podías dárselo.

En la entrada había una cola kilométrica. Por suerte, el negocio nos estaba yendo bastante bien. Fuimos directamente hacia la puerta.

—Hola Tony. —Saludé al portero.

—Buenas noches, Blake. Pasad.

Entramos y me encaminé hasta los reservados. Cósomo estaba sentado en uno de ellos junto con Giordano y un chico que reconocí como el menor de los Cabante. ¿Qué hacían juntos? ¿Estaría Álex allí?

—¡Hola!

Saludé a mis primos y las chicas hicieron lo mismo. Martia se quedó hablando con Giordano. Tenían un rollo desde hacía casi un año, pero no paraban de dejarlo y volver. No sabía en qué punto estarían ahora.

—Este es Romano Cabante. —Nos presentó Cósomo.

—Encantada. Soy Blake. —Le di dos besos—. ¿De qué os conocéis vosotros dos?

—A través de Álex —Contestó mi primo, de forma natural. ¿A qué venía esa repentina amistad?—. He estado en su casa esta tarde. Voy a ayudarle con algunas cosas.

—Cósomo, sé que te apuntas a un bombardeo, pero tenemos trabajo. —Le recordé. No sabía si me gustaba que mi primo estuviera tan cerca de un Cabante.

—Lo sé, primita, pero yo puedo con todo —Me dio un beso en la mejilla y llamó al camarero para que pidiéramos nuestras bebidas, dando por zanjada la conversación. Estaba claro que no iba a cambiar de idea.

Después de un rato, las chicas y yo nos fuimos a la pista. Había hablado un poco con Romano y tenía que admitir que parecía buen chico, además, parecía que a mi primo le interesaba, así que decidí dejarles un poco de intimidad. Giordano y Martia también desaparecieron.

Estábamos bailando un tema de *Black eyed peas* cuando alguien tiró de mí. Era Álex, y venía acompañado de su otro hermano, Sebastian.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté, cuando el impacto de su presencia me dejó hablar.

Estaba imponente. Con unos vaqueros gastados y una camisa negra. Llevaba el pelo negro despeinado y sus ojos seguían tan azules como los recordaba. Sus labios dibujaron una sonrisa que hizo que me derritiera, pero no iba a mostrárselo.

—¿Cómo que qué hago aquí? —Preguntó en mi oído, para hacerse oír sobre la música—. Yo he invitado a tu primo.

Lo miré divertida.

—¿Has invitado a Cósomo a su propia discoteca? —Le di una palmada en el hombro—. Bien hecho, genio.

—¿Es vuestra? —Me dijo confuso.

Alcé las cejas.

—Sí, es uno de nuestros negocios —Me crucé de brazos—. ¿No lo sabías?

—No. Además, se sale de tu zona.

Vaya, sabía tanto de nosotros como nosotros de ellos. Eso no me gustaba.

—Veo que no soy la única que ha hecho los deberes.

—Me gusta saber con quién trato.

Eso me recordó el asunto que teníamos pendiente.

—Cósomo me ha dicho que ha estado esta tarde en tu casa, ¿Le has dado la información que te pidió?

—Mañana. No hablemos de eso ahora.

No sabía si lo hacía para distraerme, pero en ese momento no me importaba. Ya retomaríamos la conversación más adelante. Sería una oportunidad más para verle.

Tiró de mí para que nuestros cuerpos se encontraran y nos movimos a nuestro ritmo, que no era precisamente el de la música. No pude sostener su mirada sin reflejar cuánto me afectaba el contacto. Me di la vuelta, pegando mi espalda a su pecho. Estábamos tan cerca que su olor era el único que podía percibir, e impregnaba todos mis sentidos.

Durante unos minutos, que bien pudieron ser horas, nos quedamos solos. Sus manos recorrieron mi cuerpo, abrasando cada trozo de piel a su alcance.

Éramos hielo y fuego.

Me dio la vuelta suavemente y pegó su nariz a mi mejilla, acercando su boca a la mía peligrosamente. Era más de lo que yo podía soportar. Tenía que salir de allí.

Le empujé apartándolo de mí y corrí en dirección a la salida trasera. Allí estaba Megan, una de las camareras, fumándose un cigarro. Le pedí uno. Si había un momento para fumar, era ese.

Álex salió detrás de mí y se quedó mirándome sin decir nada. Era intimidante. Sus ojos se deslizaban por mi cuerpo sin ningún pudor y en un instante, lo tuve delante de mí, cogiendo el pitillo de entre mis dedos y dándole una calada profunda. Yo lo miré con una mezcla de timidez y descaro, deseando ser el humo que se metía bajo su piel.

Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó antes de volver a clavar sus intensos ojos en los míos.

ÁLEX

Di un paso adelante, pero ella se quedó dónde estaba. No pensaba moverse. No se dejaba dominar y eso me encantaba. Yo tampoco me doblegaba ante nadie.

—¿Qué pasa Blake? ¿Por qué te resistes? —Puse mi mano en su mejilla y la acaricié lentamente. Ella cerró los ojos ante mi contacto—. Sé que quieres esto tanto como yo.

Si sentía por mí una mínima parte del deseo que yo empezaba a sentir por ella, entendía por qué no me dejaba entrar, pero quería escuchárselo decir.

Abrió los ojos y me perdí en su oscuridad.

—No puedo —Quería parecer segura, pero le tembló la voz. No sabía si alguna vez volvería a ser tan vulnerable.

Puse mi mano en su cuello, acercando de nuevo mi boca a la suya.

—¿Por qué? —Susurré contra sus labios.

Su mirada se desvió a lo lejos y vi cómo se posaba en el rubito, que ya nos había visto y se dirigía hacia nosotros.

—Voy a casarme con él —Dijo y todo mi mundo se sacudió de repente. ¿Iba a casarse? ¿Pero qué mierda había ocurrido desde que salí de su casa esa mañana? No había pasado ni un día entero y ya había cambiado todo. Me separé de ella como si quemara. Quizá lo hiciera.

—Creí que no era tu novio. —Acerté a pronunciar.

Ella se estremeció. Me fijé en cómo temblaba su cuerpo después de soltarla y quise abrazarla para que parara. Quería protegerla, infundirle seguridad. Joder. Quería que me dijera que se trataba de una maldita broma.

—Parece que los dos nos equivocamos. —Miró hacia el suelo mientras yo luchaba por decir o hacer algo que cambiara los últimos cinco minutos de nuestras vidas. Perdí la batalla.

El rubio estaba a punto de llegar, así que me acerqué a ella de nuevo y deposité un beso en su frente, aguantándola contra mí unos segundos más de los necesarios. Todo me parecía poco.

—*Ciao, Bella.*

Me alejé de ella, sabía que tenía que hacerlo, aunque era lo último que hubiera esperado hacer cuando entré en la discoteca esta noche.

Lo primero que hice fue divisarla en la pista de baile. Estaba tan guapa, con un vestido corto negro y el pelo cayendo en cascada por su espalda. Llamaría la atención a cualquiera.

Ella se movía y yo era totalmente consciente de ese movimiento. Me atraía como a un imán. Estaba hechizado. Así que decidí acercarme, fueran cuales fueran las consecuencias. Como un puto kamikaze.

Me sorprendió cuando no se apartó al tirar de su brazo, así que la pegué a mi cuerpo cuanto pude y mi deseo no hizo más que aumentar. Hacía que pasara de cero a cien en un segundo y eso me acojonaba. Nadie, en el cielo o en el infierno, había tenido nunca tanto poder sobre mí.

BLAKE

Mi cuerpo seguía temblando incluso minutos después de haberse ido. Intenté disimularlo cuanto pude, pero ante él me sentía débil, como la niña asustada que nunca fui. No quería ser así. No podía dejar que mis sentimientos por él me consumieran.

—Hola nena —Me dijo John al llegar hasta mí, dándome un beso en la mejilla. Estaba segura de que había sido testigo de parte de la escena, pero no sabía si iba a mencionarlo—. Mis padres han hablado con los tuyos y luego me lo han contado todo.

—Entonces ya sabes que el matrimonio sigue en pie —Dije resignada.

Frunció el ceño y, cogiéndome de la mano, me llevó hasta un banco de la calle. Mientras nos sentábamos, me fijé en él. Llevaba una camisa verde que se le pegaba al cuerpo, resaltando su pelo rubio. Era muy guapo y era mi mejor amigo. Esto no estaba mal. Haríamos que funcionara.

—Blake, nada me haría más feliz que casarme contigo —Su tono de voz traslucía un dolor que confundí con el mío propio—. Yo te quiero, pero necesito que estés conmigo porque quieras estar.

Lo miré confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Que no quiero retenerte. No, si quieres volar. No sería justo para ninguno de los dos.

—Pero nuestros padres están empeñados en que continuemos con la boda.

—Lo sé. Mis padres lo tienen todo pensado. No me darán la información sobre quién es la persona a la que esconden hasta que nos casemos.

—Entonces, ¿Qué podemos hacer?

—No te preocupes, encontraremos la manera. —Dijo decidido—. ¿Estás conmigo?

Asentí.

—Somos un equipo, John. Siempre.

—Pensaba que preferías hacer equipo con la competencia —dijo golpeando su hombro con el mío—, pero te lo perdono.

Enarqué las cejas.

—¿Nos has visto, no?

—Ha sido difícil no hacerlo. —Susurró aguantando el tipo. John era mejor persona de lo que yo llegaría a ser jamás.

—Lo siento, cielo. Parece que cuanto menos daño quiero hacerte, más la cago.

—Dime una cosa, ¿Te gusta?

La pregunta me pilló por sorpresa, no solo porque yo no quería dar esa respuesta en voz alta, sería admitir algo para lo que todavía no estaba preparada, sino porque fuera él quien la formulaba. Era increíble que quisiera hablar de ello.

—No lo sé. Sí, supongo que sí, aunque no debería. Es chulo y prepotente y se lo tiene muy creído. Es odioso.

—Me recuerda un poco a ti —Bromeó.

—Retíralo —Le amenacé.

Me subí encima de él, intentando tirarlo al suelo. Nunca lo conseguiría. Al menos, no con la fuerza. Con las palabras... Esa era otra historia.

ÁLEX

No quería irme, no quería dejarla, pero lo hice. Y me jode pensar que tendría que volver a hacerlo, una y otra vez, porque ella no era nada mío, por mucho que yo me empeñara en lo contrario. De nada me servía mi chulería aquí ni a ella su prepotencia. Éramos dos imanes condenados a estar separados, pero atrayéndose continuamente. La ansiedad y el calor palpitaban entre mi corazón y mi estómago, sin apenas dejarme respirar.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a sus palabras. *Voy a casarme con él...* Joder.

Ojalá no la hubiera conocido nunca, ojalá no hubiera salido de Roma y todo esto fuera un mal sueño... O una puta pesadilla.

—¿Qué te pasa con esa tía? —Me preguntó Bass mientras volvíamos a casa en su Ferrari. Para mi hermano, pasar desapercibido era una misión imposible. Romano se había quedado con Cósomo en la discoteca. Vinieron otros chicos y Giordano hizo las presentaciones, pero casi no presté atención.

A Blake no volví a verla.

—Ni yo mismo lo sé. —Podía negar lo evidente, pero a él no iba a engañarlo.

Me importaba. Quería saber si estaba enfadada, si sonreía, si estaba inquieta o si era feliz. Me importaba, aunque no quería que me importara. Era mi instinto el que me hacía querer protegerla. Un instinto que hasta ese momento solo había sentido por mi familia y que estaba mezclado con deseo y con algo más, que me era del todo desconocido.

—Me gusta —dejó caer, y yo lo miré sorprendido, mientras él levantaba una mano en señal de ¡Eh, que yo no he sido! La otra permanecía en el volante—. Para ti, me gusta para ti —aclaró—. Es la horma de tu zapato.

—A qué te refieres.

—Por lo que me has contado, te planta cara, te desafía, te despierta. Y además es inteligente y preciosa, y nunca te había visto comportarte con nadie como lo haces con ella —No supe cómo reaccionar ante la verdad de sus palabras y eso me delató. Mi hermano vio mi reacción y lo supo, supo que estaba dando voz a un sentimiento que ni yo mismo comprendía—. Se ha metido en tu cabeza y, cuando eso ocurre, ya no la puedes sacar.

Él lo sabía bien. Había dejado a Julia en Roma. Mi cuñada, que era también mi mejor amiga, no podía venir hasta el mes que viene. Debíamos dejar terminados unos asuntos y, al no estar casados, ella mejor que nadie podía hacerlo por nosotros. Nadie la relacionaría legalmente con los Cabante. Aunque corría peligro y sabía que Bass estaba tan preocupado como yo, por mucho que se empeñara en ocultarlo.

—Dime qué hago Bass.

Me miró de reojo, comprendiendo mi temor.

—Reza para que ella sienta lo mismo —pronunció tajante.

Pero sabía que, por mucho que rezara, Dios nunca se inclinaría a mi favor.

Capítulo 8. En sus manos

BLAKE

Estaba desayunando, cuando Giordano entró en el comedor. Tenía mala cara, bueno, imaginé que parecida a la mía. Esa noche había intentado dormir sabiendo que me sería imposible. No podía dejar de pensar en él, pero también en mí y en el futuro que me aguardaba. ¿Sería capaz de conformarme con un amor mediocre o con una vida sin amor?

No. Si no lo hubiera conocido... Puede. John me hacía feliz, aunque sabía que no era el amor de mi vida. Encajábamos, como el puzzle que mis padres y mis suegros habían diseñado. Pero había un antes y un después de que Álex entrara en mi vida y ya era tarde.

Demasiado tarde.

No quería admitirlo, pero era más que evidente que ya había caído.

Lo que iba a hacer con esos sentimientos... tendría que pensarlo muy bien. Por suerte tenía a John de mi parte.

—Hola, primita —Giordano me dio un beso en la cabeza, como cada mañana, y se sentó a mi lado.

—Buenos días —le miré, mientras Rory le servía el café. Estaba claro que necesitábamos terapia—. ¿Qué te pasa Giordano?

Apoyó los codos en la mesa y su cabeza en las palmas de las manos.

—Ayer estuve con Martia en la discoteca.

—Sí, lo sé —di un sorbo a mi café—. ¿Aún no lo habéis arreglado?

—Es muy difícil, Blake. —Negó con la cabeza, todavía sin mirarme—. Esa tía me vuelve loco.

Puse una mano en su espalda y le acaricié el cuello.

—¿Por qué no la dejas, cariño? —Cósomo y yo llevábamos tiempo diciéndole que debía terminar aquello. Su relación era tóxica y estaba claro que no le hacía feliz. Su imagen era la de un hombre atormentado.

—Porque la quiero —levantó la cabeza y me miró fijamente—. No sé qué me ha hecho, pero no puedo estar sin ella.

Alcé las cejas.

—Con ella tampoco, por lo visto —suspiré—. ¿Dónde está el problema?

—Quiere más —dijo, exhalando un suspiro.

Me encogí de hombros.

—Pues dáselo.

Me miró como si me hubieran salido dos cabezas. ¿Atarse él? Debía estar loca para proponérselo.

—No quiero renunciar a mi independencia, primita. Hay muchos peces en el mar.

Volví a mi desayuno, aunque casi se me habían quitado las ganas. Adoraba a mi primo, pero no entendía que se quejara por tenerlo todo.

—Eres idiota. —Le espeté.

Se levantó sin haber probado siquiera su café, cogió mi cara entre sus manos y se quedó mirándome fijamente.

—Lo sé —se quedó callado un segundo, casi hablando más para él mismo que para mí—. Lo sé —repitió—. Salgo a correr, luego nos vemos.

No entendí de qué tenía miedo, pero quise respetar su silencio. Mi primo decía más con lo que callaba.

Mi móvil sonó. Era mi contable. Daba igual que fuera domingo, no había descanso para la

mafia.

—Dime Beto.

—Blake, me han hablado de un despacho de abogados que van a cerrar en la 60. Creo que sería una buena inversión.

Siempre estaba buscando nuevos negocios para lavar el dinero. Debía diversificar si no quería que resultara sospechoso.

—Vale, pásame el estudio y le echaré un vistazo.

—Hecho. Ya lo tienes en tu correo. Por cierto, ya he arreglado lo de Vasile. Creo que haciendo unos recortes podrá ponerse al día en un mes.

Abrí el ordenador portátil y le eché un vistazo rápido a las cifras. Parecía que cuadraban.

—Bien, habla con Carlo para que pase a cobrar cuando toque y que se lleve a Stephano.

—¿El hijo de Reinard?

—Sí, y envíale a Gianni la dirección del despacho de abogados y, si encuentra todo bien, que haga una oferta.

—Perfecto —dijo, colgando.

—Señorita —me distrajo Rory—, hay un chico aquí que pregunta por su primo Cósomo o por usted.

Fruncí el ceño.

—¿Te ha dicho quién es?

—Me ha dicho que se llama Álex.

Me puse nerviosa al instante, pero no dejaría que nadie lo notara.

—Bien, llévalo a la sala de reuniones y avisa Cósomo, por favor.

—Ahora mismo, señorita.

—Gracias, Rory.

Seguramente habría venido para entregarnos la documentación, pero no me fiaba. Tenía la impresión de que Alessandro Cabante no daba puntada sin hilo y estaba convencida de que detrás de esa visita había un propósito aún por descubrir.

Por suerte, me encantaban los rompecabezas.

ÁLEX

Llevaba cinco minutos esperándola en la sala de reuniones. Me había asegurado de encontrarla sola. Le pedí a Roma que quedara con Cósomo esa mañana y esperé hasta que Giordano salió de la casa. A los padres, abuelos y los tíos no los vi, pero tampoco estaban sus coches.

Necesitaba verla, incluso siendo consciente de que cualquier relación entre nosotros era imposible.

Había que ser idiota.

La sala en la que me hallaba era la misma en la que había estado el día anterior. Parecía haber pasado mucho más tiempo, pero solo eran los acontecimientos que, precipitados, se estaban burlando de mí.

Me coloqué delante del cuadro y lo miré embelesado. Comprendí la belleza que desprendía y admiré los sentimientos que me provocaba. Nunca antes me había permitido concentrarme tanto en tan poco.

—Has venido.

Esa voz hizo que me recorriera un escalofrío. Me di la vuelta y descubrí a Blake apoyada en el marco de la puerta, cruzada de brazos. Iba vestida de negro de la cabeza a los pies, su pelo le caía largo por el pecho, confundiéndose con su ropa, y sus ojos, oscuros y lacerantes, abrasaban cada centímetro de mi piel. Era una visión absolutamente erótica.

Me recompuse como pude y no fue nada fácil. Su mirada me retaba y su cuerpo me provocaba. ¿Qué me estaba pasando? En ese momento habría podido perder la razón por ella, estaba seguro, pero no debía dar rienda suelta a los sentimientos que me inundaban. Su destino ya estaba unido al de otro hombre. Así que hice de tripas corazón y decidí responder a cada provocación con la arrogancia que me caracterizaba. A ese juego sabíamos jugar los dos.

—A traer la documentación —le contesté, comenzando a dar la vuelta hacia la izquierda de la mesa mientras ella giraba en dirección contraria, sin apartar la vista de mí. Iniciamos un baile que nos acercaba y alejaba al mismo tiempo—. No creas que he venido a verte —no me lo creía ni yo—. ¿Dónde está Cósomo?

La empleada que me había abierto la puerta entró en la sala contestando mi pregunta. Blake paró de súbito, aunque no apartó su mirada de la mía.

—Señorita, su primo no está en la habitación. Lo he buscado en la piscina y en el gimnasio, pero creo que ha salido. Su coche no está en el garaje.

—Gracias, Rory. ¿Puedes traer agua, por favor?

—Claro. Enseguida.

Blake cogió su móvil y marcó un número. Seguíamos a la misma distancia, retándonos en silencio.

—¿Dónde estás? Tú amiguito está aquí. —Pronunció con altivez.

—Álex —contestó a Cósomo, que seguramente estaría preguntándose qué hacía yo allí. Podía haberle dado la documentación a mi hermano y acabar con este calvario de una vez, pero mi idea era muy diferente. Necesitaba pasar tiempo con ella y, como no lo consiguiera, esa necesidad acabaría consumiéndome.

Blake asintió, como si su primo pudiera verla por teléfono y colgó, dirigiéndose de nuevo a mí.

—Está con tu hermano en Manhattan —dijo, levantando las cejas como si yo debiera estar al tanto. Y claro que lo estaba, ese era el plan.

—¿Ah, sí? No lo sabía —dije inocente, colocando las manos en mis bolsillos—. Podía haberme ahorrado el viaje.

Inicié de nuevo el baile, esta vez en dirección a ella. Blake comenzó a andar, atraída por mí. Nos fuimos acercando, como si hubiéramos ensayado los pasos. Estábamos en sintonía y eso era lo peor de todo. Que ella sintiera lo mismo que yo solo sería una condena.

—Te lo hubieras ahorrado si hubieras tenido lista la documentación ayer.

Quería parecer fría, pero yo sabía que era solo una fachada. Ambos estábamos hirviendo y no hacíamos más que acercarnos, paso a paso, de forma disimulada.

—¿Qué quieres que te diga? —Contesté con actitud chulesca—, hay cosas que no van tan rápido.

—Ya lo veo —me espetó, sin dejar de observarme.

Otro paso, rodeando la mesa, nos faltaba un metro escaso para estar justo en frente del otro. Nadie sabría nunca lo excitado que estaba en ese momento. Me sentía en plena ebullición.

—Pero merecen la pena.

Estaba tan guapa que era difícil no mirarla, así que me recreé en ella, tal y como había hecho minutos antes con el cuadro.

—Eso tendré que decidirlo yo.

La empleada entró en ese momento con el agua y casi lo agradecí. Me separé de Blake, rompiendo el aura de magia que nos rodeaba y, con ella, esa conexión que me era tan desconocida. Supe que debía cambiar el rumbo de nuestra conversación si quería llevarla a mi terreno.

—Creo que, según los términos de nuestro acuerdo, tengo que informarte si tengo un nuevo negocio entre manos —le pregunté, una vez se hubo ido la empleada, asintiendo hacia el vaso de agua que Blake me tendía.

Uno de los pocos contactos que mi padre tenía en Estados Unidos nos había ofrecido mover un cuadro robado para coger algo de dinero rápido, pero no era mi campo. No pensaba hacerlo salvo que ella me dijera lo contrario.

—Así es, ¿de qué se trata?

Acarició el filo de su vaso antes de tomar un sorbo que me robó el aliento. Le gustaba ser dueña de la situación tanto como a mí y no iba a dejar que la intimidara.

—Un cuadro —dije, sabiendo que estaría interesada.

—¿Ah, sí? —Se sentó en el borde de la mesa, soltando el vaso y apoyando una mano a cada lado.

—Sí. Un Picasso. ¿Quieres ver una foto? —Ofrecí, sacando el teléfono y poniéndome a su lado.

—Claro —cogió el móvil de entre mis manos, rozando mis dedos a su paso. Su tacto abrasó mi piel unos instantes. Abrió los ojos de par en par y su rostro se iluminó—. El pintor —susurró.

—¿Qué? —Fruñí el ceño.

Era absolutamente consciente de su cercanía. Su pelo le tapaba una parte de la cara y olía a malvas, a fruta, a algo fresco y divino. Estaba tan concentrada en la foto que no se dio cuenta de cómo la estaba observando. No tenía ni idea del poder que ejercía sobre mí, y eso que ni siquiera nos habíamos besado aún.

—Este cuadro desapareció en un accidente de avión. Lleva unos veinte años perdido y, si es el verdadero, ha tenido que ser restaurado.

—No lo sé —comenté, distraído—. Solo me voy a encargar de moverlo.

—¿Dónde está? —Se inclinó hacia delante, de forma que nuestros alientos se entremezclaban.

—A buen recaudo.

—Quiero verlo —me miró.

—Ni de coña —le contesté quitándole el móvil y separándome de ella.

—¿Por qué?

—Es mi negocio.

—No seas capullo. Intentas moverte en un mundo que yo conozco muy bien. Deja que te ayude.

Eso era justo lo que quería.

—Está bien, pero lo haremos a mi manera —hice uso de las mismas palabras que ella pronunció ayer.

Sonrió.

—Perfecto. Algo me dice que no hacemos las cosas de forma tan distinta.

Seguro que tenía razón. Al fin y al cabo, ambos habíamos nacido en la mafia.

BLAKE

Cósono llegó con Romano y los tres se sentaron alrededor de la mesa. Yo me quedé de pie mientras mi primo repasaba la documentación.

Estaba nerviosa. Mis manos seguían temblando, incluso minutos después de que Álex me quitara el móvil. El efecto que tenía sobre mí era devastador y, en ese momento, decidí que no quería mantenerlo bajo control. ¿Cuántas veces conocería a alguien que me hiciera sentir aquello? Para mí era la primera vez y no iba a arriesgarme a que fuera la última.

Iba a ayudarlo con el cuadro. No solo porque eso suponía estar cerca de él, sino también porque la foto que me había enseñado me tenía realmente intrigada.

Nuestras miradas se cruzaban de vez en cuando, fugaces. Estaba guapísimo. Sus ojos azules eran un reclamo para los míos. Su pelo negro despeinado caía hacia delante en una pose de lo más sexy. La camiseta se ceñía a su cuerpo... Pero lo que más me gustó fue su actitud, cómo controlaba la situación, la electricidad que había entre nosotros.

Cósono estaba concentrado en la información y Romano le miraba cautivado. No me sorprendía que hubieran encajado tan bien, mi primo era un loco de la adrenalina, necesitaba a alguien más calmado que lo controlara, y físicamente era muy atractivo. Moreno, alto, corpulento. Hacían muy buena pareja.

Aproveché que ambos estaban distraídos para pasear detrás de Álex y rozar su cuello de forma furtiva. De reojo, me fijé en cómo todo su cuerpo se puso alerta ante mi caricia. Me encantaba tener ese poder sobre él, e iba a disfrutarlo cuanto pudiese.

—Todo en orden, Blake —Cósono me llamó la atención.

—Perfecto. —Me crucé de brazos—. Pero todavía tenemos el problema de la 59.

—Si te refieres al restaurante, no pensamos dejarlo —contestó Romano de forma impasiva.

—Esa es mi calle. Todos los establecimientos que hay en ella son míos.

—Pues este no —me replicó.

Álex puso una mano encima del hombro de su hermano para que no dijera nada más, frenándolo, y tomó la palabra.

—Lo dejaremos con una condición.

—Tú dirás.

—Que renegociemos las cláusulas del trato dentro de tres meses.

Cósono y yo nos miramos. Sabíamos que su padre obtendría la plaza de juez muy pronto y entonces su situación cambiaría, se crecerían, ya no estarían a nuestra merced, sino a la de un poder superior. O, mejor dicho, ellos serían ese poder superior. Mi primo y yo asentimos, entendiéndonos. En tres meses podían ocurrir muchas cosas y, si se trataba de una negociación, bien podríamos hacer valer nuestra opinión. De todas formas, ellos podían romper el pacto en cualquier momento, todavía no nos fiábamos de su palabra.

—Nos parece bien. —Dijo Cósono—. Ya sabéis los términos del acuerdo. Debéis informarnos sobre todos los pasos que deis, ateneros a vuestra parte del negocio y no meteros en los negocios de las otras familias.

—Evitar conflictos —resumió Romano, volviéndose hacia mi primo.

Álex se levantó y se acercó a mí susurrándome al oído.

—Mañana a las ocho en Queens. No te retrases y ven sola.

Todo mi cuerpo vibró por la promesa que encerraban sus palabras.

Capítulo 9. El Pintor

BLAKE

Llegué a Queens a las ocho en punto. Cogí el metro, no quería que mi coche fuera visto en esas calles. Había estado allí mil veces, en casa de mi amiga Zia, ya que aquel era el distrito de los Lorenzo, pero nunca había operado allí a sus espaldas y mucho menos con gente desconocida.

Álex me había escrito un mensaje para que me dirigiera a Fresh Meadow. Cuando llegué a mi destino, él me esperaba apoyado en la pared de un almacén, sumido en sus pensamientos. Por un momento, me pensé el interrumpirle. Su visión me daba paz, aun no sabía por qué. Pero él se dio cuenta de mi presencia antes de poder decidir. Levantó la cabeza, esbozó una sonrisa canalla y se acercó hasta mí. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la 73.

—Ven conmigo, paseemos —me soltó la mano y se puso las gafas de sol, queriendo pasar desapercibido. ¡Qué idiota! Jamás lo conseguiría.

—¿Dónde vamos? —Pregunté, frunciendo el ceño. No me gustaban las sorpresas.

—Prefiero dar un rodeo antes de dirigirme al sitio —me miró—. Es por precaución.

—Vale, pero no tengo toda la noche. —Me crucé de brazos mientras andábamos hacia Dios sabe dónde. Tenía todos los sentidos alerta, y cada uno de ellos me gritaba que saliera corriendo en dirección contraria. Me estaba metiendo en algo de lo que no sabía si podría salir. Y encima era consciente de todo.

Álex levantó las cejas con una expresión divertida.

—Ah, ¿no? ¿y qué tienes que hacer?

—He quedado —era mentira, pero no pensaba contarle mis planes, que se ceñían exclusivamente a estar en casa.

—¿Con tu novio? —Preguntó.

—Sí —contesté, seca.

Él caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en los edificios.

—Para —dijo de repente—. Sentémonos aquí un segundo.

Se apoyó en el capó de un coche, un Chevrolet Agile negro, que estaba escondido de forma muy sutil entre dos casas.

Me senté a su lado, todavía con los brazos cruzados, cerré los ojos y miré hacia el cielo, mientras noté, con cada fibra de mi ser, que él me estaba mirando a mí.

—¿Solo has estado con él? —Preguntó con aplomo y seguridad.

No lo miré. Contesté tan tranquila como pude, perdiéndome en su voz.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien. ¿Has tenido otros novios?

Me obligué a abrir los ojos y aguantarle la mirada. Se estaba metiendo en un terreno personal... aunque todo lo nuestro lo era.

—No, John y yo estamos juntos desde que éramos niños... ¿Y tú?

—Yo nunca he estado con él —se burló.

—Idiota —le di un golpe en el hombro—. ¿Con cuántas?

—Ninguna importante.

Ahora era él quien no me miraba, pero tampoco estaba despistado. Su mirada vagaba, sospechando, hacia un callejón. ¿A qué estaríamos esperando?

—Eso no es un número —contraataqué y él frunció el ceño.

—No las he contado y, de todas formas, ninguna me ha dejado huella. Sin embargo...

Nos miramos.

—¿Qué?

—John sí te ha dejado huella a ti.

Me encogí de hombros.

—Bueno, fue mi primera vez y la número cien —bromeé, picándolo, aunque la verdad es que John y yo lo hacíamos mucho. Nuestra complicidad era genial y se nos daba de miedo. Me divertía un montón, pero con él solo era sexo. Había sentimiento, pero de amistad, de cariño, no de amor. Yo sabía que el sexo debía ser más.

—¿Lo quieres? —Me preguntó con una mirada de hielo.

—Claro que sí —contesté sin dudar.

—Claro, es lógico, te vas a casar con él.

La tensión se palpaba en el ambiente, y me hubiera gustado poder contestarle otra cosa, pero no pude.

—Debo hacerlo.

—No pareces de las chicas que acaten una imposición.

—Esto es más grande que yo.

—¿Crees que podrás vivir con alguien de quien no estás enamorada?

Lo miré, sumida en mis recuerdos.

—Nos acabamos acostumbrando a todo, según dicen.

—¿Nunca has pensado en irte? ¿En dejar el negocio?

Nadie me había hecho nunca esa pregunta. Todos daban por hecho que era feliz con esta vida.

—A veces pienso que me gustaría desaparecer —miré al horizonte—, pero luego veo todo lo que mi familia ha construido y sé que no podría.

—Podrías ser feliz haciendo cualquier otra cosa.

—Lo sé, pero no quiero. Esta es mi vida y me encanta.

—Creía que solo los que no llevan nuestra vida se creerían capaces de soportarla.

—Ilusos —me reí—. No. Sé que hay mucha gente a la que la mafia le viene grande, pero yo siento que he nacido para esto. ¿Y tú?

ÁLEX

—¿Qué? ¿Qué si desaparecería del mapa? —Ella asintió— He querido alejarme tantas veces... que he perdido la cuenta.

—¿Y por qué no lo has hecho? Nadie te obliga a seguir aquí, ¿no?

—Estoy aquí por lealtad. Porque quiero a mi familia y porque se me da bien. No me imagino haciendo otra cosa.

—Está hecha a tu medida —me sonrió y, por un momento, no supe si estaba hablando de la mafia, de ella o de las dos.

—Supongo que sí. Es lo único que he conocido, desde niño —Respondo.

—¿Por qué os fuisteis de Roma?

Esa era la única pregunta que no podía contestar, aunque ella entendería la respuesta mejor que nadie. Nuestros asuntos en Roma debían ser solo nuestros, al menos hasta que Julia estuviera con nosotros. Revelar algo ahora, por mucho que confiara en Blake, sería poner en peligro a mi cuñada. Y eso es algo que jamás haría. Daría mi vida por la suya sin dudar.

—Eso va a tener que esperar. Tenemos que movernos.

La cogí de la mano y caminamos hasta la casa donde estaba guardado el cuadro. Podía haberlo hecho desde el momento en que la vi, pero tenía ganas de pasar tiempo con ella. La casa, que pertenecía al amigo de mi padre, era adosada y tenía una entrada trasera por la que se accedía al sótano, donde estaba la caja fuerte. Por si acaso, cogí mi arma y le puse el silenciador. Esperaba no necesitarla pero no las tenía todas conmigo. Debía estar preparado para lo que fuera.

—Parece que está cerrado —me dijo Blake, al ver que la puerta no se abría.

—Cielo, nada está nunca cerrado del todo.

Saqué una ganzúa y trabajé en la cerradura hasta abrirla.

—¿Estamos allanando esta casa, Álex? —me preguntó, suspicaz. Lo lógico hubiera sido que tuviera llaves, lo sé, pero no sabíamos exactamente cuándo íbamos a mover el cuadro y no las había podido conseguir con tan poca antelación.

—No, cariño. Ha sido un problema logístico.

Me miró con una ceja levantada, dando mi respuesta por buena, mientras entrábamos en el sótano y buscamos la caja fuerte. Era una BTV PES 369L. Metí el código como si lo hubiera hecho toda la vida y la abrí. Allí estaba el cuadro, imponente.

Miré a Blake que, con cara de asombro y mucha diligencia, se dispuso a ayudarme a sacar el cuadro y a explorarlo.

—Impresionante —lo miraba embelesada, mientras yo la miraba a ella de la misma forma—. Realmente podría ser El Pintor. Me gustaría que mi madre lo viera. ¿Qué va a hacer tu contacto con el cuadro?

—Por lo que sé, quiere darle salida en el mercado.

—Puede que tenga un comprador, déjame que haga unas llamadas

—¿No querrás ir a medias?

—Tú tienes la mercancía y yo puedo darle salida. Te garantizo una transacción segura y falsificaré la cadena de títulos, me extrañaría que los tuvieses.

—¿La qué? —En este tema se movía como pez en el agua y quise saber más—. ¿Desde cuándo te gusta el arte?

—Siempre me ha gustado apreciar una buena obra. La familia de mi madre, los De Lucchi, tienen galerías de arte en Florencia y Pisa. A ella siempre le ha gustado y me lo inculcó desde pequeña. Mis estudios han hecho el resto.

—¿Cuántos talentos tienes? —Pregunté, impresionado.

—Bueno, mi madre es mucho mejor autenticadora que yo, pero me manejo

—¿Autenticadora?

—Sí, ella nos podría decir si un cuadro es original o una copia, la técnica utilizada... Es asombroso verla trabajar.

No lo dudaba.

De repente, escuchamos un ruido en la parte de arriba de la casa.

—¿Estamos solos?

—No lo sé. Tenemos que largarnos.

Cogí el cuadro mientras Blake me seguía de cerca. Fuera de la casa había un coche aparcado que no estaba antes. No me quedé a ver quién era. Corrimos hasta mi moto pero, cuando busqué en el bolsillo, no encontré las llaves.

—Mierda, las llaves.

—¿Qué pasa?

—No están. Se me han debido caer.

—Joder, Álex. Hazle un puente.

—¿A mi moto?

—Sí, venga ya, tenemos que irnos.

Sabía que tenía razón, pero aun así...

—Joder.

BLAKE

Llegamos a mi casa en media hora. La media hora más larga de mi vida. Me dolían las manos de sostener el cuadro y la adrenalina por la experiencia vivida presionaba cada fibra de mi ser. Me bajé de la moto y me quedé frente a Álex, que me miraba con sus ojos azules clavados en mí. Ninguno de los dos llevaba casco. Álex solo tenía uno, y no le había dado tiempo a ponérselo.

—¿Puedo quedarme con el cuadro? —Le pregunté, con mi mejor sonrisa—. Me gustaría enseñárselo a mi madre.

—Lo siento, Blake. El Pintor va directo a mi casa. Tengo que informar a mi contacto de que lo he recogido y ver dónde lo quiere.

Me di por vencida. No iba a insistir.

—Si no tiene comprador, yo se lo consigo. Mantenme informada.

—De acuerdo —suspiró—. Bueno... Supongo que tengo que irme, querrás entrar en tu casa.

—Supongo que sí —le contesté, todavía con una energía vibrante en el cuerpo.

—No pienso rendirme —gritó, cuando yo estaba abriendo las verjas de mi casa.

Me volví hacia él. Su mirada escondía un reto que yo estaba más que dispuesta a aceptar.

Yo tampoco pensaba rendirme. Mañana iría a hablar con la familia de John. Intentaría solucionar las cosas.

—¿Es un desafío o una promesa? —Le pregunté, sabiendo perfectamente a lo que se refería.

—Tómalo como quieras, cariño.

Asentí y me giré. Me pareció escuchar unas palabras de fondo, un te quiero, pero no me volví a comprobarlo, sería mi imaginación. Las palabras se perdieron en el viento y una parte de mí con ellas.

Capítulo 10. Familia

BLAKE

Estaba en la puerta en de mis futuros suegros, decidiendo cómo iba a abordar la conversación que tenía pendiente con ellos. Llamé a John, que me dijo que estaba en Times Square con Matteo y Carrick, y me alegré por ello. Esto debía hacerlo sola.

—Blake —me dio dos besos.

—Hola Kinsley. ¿Está Luciano?

—No, ha salido a resolver algunos asuntos. ¿Un té?

—Sí, gracias.

—¿Cómo estás? Tus padres nos han informado de que vas a tomar las riendas del negocio.

—Una parte, sí —no iba a darle más información de la debida. La información es poder—. La verdad es que quería hablar del matrimonio.

—Tú dirás —cambió la expresión de su rostro y supe que ni le hacía gracia tocar el tema, ni me lo iba a poner fácil.

—¿Por qué nos obligáis?

—Lo necesitamos. No queremos que seas infeliz Blake, pero John es perfecto para ti, no pensamos que habría ningún problema hasta que nos enteramos de que habíais roto. Eso destruyó a Luciano, sabes cuánto te aprecia, pero aun así, debemos seguir.

Podía preguntar por qué no se casaba Scarlett con alguno de mis primos, pero lo que no quería para mí, no lo quería para ellos.

—Ahora que lo sabéis, no hay ningún motivo para retrasarlo. La fiesta de compromiso será la semana que viene.

—De acuerdo —admití, resignada.

No iba a solucionar nada. Estaba claro. Por suerte, era sincera. No me daba falsas esperanzas. Como dice mi abuelo, nunca podemos reprochar a alguien que sea sincero, incluso aunque la verdad ofenda. La mentira sí la podemos reprochar.

Volví a casa desanimada. No había vuelta atrás. Apreté el mando en dirección a las verjas para que se abrieran y dejé mi coche en el garaje. El de mi padre también estaba allí, hablaría con él esa misma tarde y le diría que aceptaba mi destino, pero quería ser yo la que decidiera, la que tuviera el control sobre él. Al menos, sobre la parte que podía.

Abrí la puerta de la casa y escuché a mi padre dando órdenes. Su sola voz bastaba para intimidar a cualquiera.

Yo nunca había sido miedosa. Al contrario. Había crecido rodeada de personas que se enfrentan a la muerte cada día, había aprendido a convivir con ella, a saber que lo malo no es tan malo porque siempre puede haber algo peor.

Tampoco era una kamikaze. Por eso sabía reconocer las situaciones de peligro, si me metía de lleno en ellas es porque interiorizaba el miedo, lo hacía parte de mí y lo convertía en valor.

Menos mal que sabía distinguir el valor de la imprudencia. Por eso me quedé callada, muy atenta a lo que mi padre tenía que decir.

—El cabrón del FBI sigue tras mí pista —dijo Palmiro Inchenzza, el padre de Matteo.

—No te preocupes, lo tengo vigilado —lo calmó mi padre—. Si ocurre algo, lo sabremos antes de ese tipo lo huela.

Me crucé con Palmiro en la puerta. Se despidió de mí, dejándome la vía libre para hablar con mi padre, que estaba frente a uno de los grandes ventanales del salón, mirando al horizonte. Parecía perdido en sus pensamientos y yo me pregunté por qué la vida da preocupaciones tan

grandes a quienes ya tanto soportan.

—¿Papá?

—Blake —me sonrió, volviéndose hacia mí, con esas arruguitas tan preciosas que le salen en ojos. Adoraba a mi padre—. ¿Cómo van nuestros asuntos?

—Todo bien, le diré a Beto que te pase los datos. Por cierto, he cogido al chico de Reinard a mi cargo. —Le informé, sentándome.

—¿Stephano? —Eso me encantaba de mi padre. Se sabía el nombre de todos sus empleados.

—Sí, lo he puesto en la calle con Carlo. ¿Qué te parece?

—Bien, así espabilará pronto —Eso mismo pensaba yo—. Necesito que me dejes a Gianni. Un cliente está causando mucho revuelo y no conseguimos que deje de dar problemas.

—¿Por qué no lo echas? —Mi padre tenía gente de sobra para eso.

—Es alguien importante, me crearía un enemigo que ahora no necesito.

—Vale, le diré que te llame.

—Que vaya directamente al hotel. Mi personal le dará instrucciones.

Mi abuelo entró.

—¿Ya has vuelto?

—Sí, ¿Y tú qué hacías? —Desvié el tema para que no me preguntara dónde había estado.

—Tu primo estaba hackeando no sé webs, vamos a coger algo de calderilla.

Me reí, Giordano era incorregible.

—Oye papá, ¿Qué te parece si adquirimos un despacho de abogados? sé que tío Agostino lleva esa parte —mi tío Agostino era el avvocato de la familia. Se encarga de llevar todos nuestros asuntos legales—, pero creo que nos podría venir bien como inversión.

—Siempre pensando en ampliar los negocios —mi padre miró a mi abuelo, satisfecho.

—Para eso me has preparado, ¿no?

—Y parece que lo he hecho bien.

—Me gustaría pensar que todos hemos aprovechado al máximo nuestro potencial y que hemos conseguido grandes cosas —apuntó Domenico.

—Es tu legado, abuelo.

—Sí, y yo también me siento muy orgulloso.

—Hablando del tema —comencé con mi preocupación— he aceptado casarme con John, pero quiero algo a cambio.

—Tú dirás —mi padre adoptó la posición del capo, sabía que esto era serio.

—Quiero el negocio. Todo. Sabes que estoy preparada —Roberto asintió, entendiendo lo que le pedía.

—Voy a retirarme, pero voy a hacerlo a mi manera.

—Es todo lo que quiero.

—Pues ya no queda mucho, Blake.

—Será tuyo —sentenció mi abuelo—. Es una promesa.

Capítulo 11. Vuelta al principio

ÁLEX

—Tenemos que ir a Roma, Julia tiene problemas —dijo mi Bas, cerrando de un portazo la puerta de mi habitación y comenzó a sacar mi ropa del armario.

—¿Qué coño haces? —Le espeté.

—Haz la maleta. Nos vamos.

—Bas, cálmate —le pedí, cogiéndolo por los hombros y haciendo que se sentara.

—No puedo sentarme, joder. ¿Es que no me has escuchado? Julia tiene problemas.

Se puso las manos en la cara. Juraría que se le escapó una lágrima.

—¿Qué clase de problemas?

—Alguien la ha pillado, sabe que está haciendo trámites para nosotros y quieren saber dónde estamos.

—Mierda.

—Sí, joder. He cogido un vuelo para dentro de tres horas. Tenemos que irnos.

—Está bien. Nos vemos en el aeropuerto.

—¿Qué dices? ¿Dónde cojones vas?

Tenía que despedirme de ella.

Capítulo 12. Realidad

ÁLEX

Tenemos que irnos.

—Está bien. Nos vemos en el aeropuerto.

—¿Qué dices? ¿Dónde cojones vas?

Tenía que despedirme de ella.

—Han puesto una bomba en el coche de mi padre —me dijo Blake, al teléfono, cuando la llamé para vernos y poder despedirme de ella.

—¿Qué? —No alcancé a preguntarle más. No me podía creer que alguien le hiciera eso—. Voy para allá.

Llegué a su casa corriendo y me encontré a sus primos en la puerta. Mi respiración estaba agitada y no me costaba pronunciar las palabras pero me las arreglé para pronunciar dos.

—¿Dónde está? No hacía falta que especificara, Cósomo sabía perfectamente a quién me refería.

—No está aquí. Se ha quedado en el garaje con su padre.

Pues claro, ¿Dónde iba a estar? Si fuera ella, yo habría hecho lo mismo, pero ahora que yo no iba a estar por aquí, me gustaría que se mantuviera lejos del peligro.

Los primos entendieron mi cara perfectamente.

—Amigo mío —me llamó Giordano—, en algún momento tendrás que comprender que a ella no la controla nadie, pero puedes ir a buscarla. Intentar protegerla.

Por supuesto.

A estas alturas, creo que haría cualquier cosa por ella.

BLAKE

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté a Álex en cuanto entró al garaje. Debía estar loco para presentarse así habiendo una bomba en el asiento.

—Tengo que volver a Roma, quería despedirme.

Le miré con los ojos llenos de preguntas, pero no podía pararme a hacerlas. Mi padre estaba sentado en el coche y teníamos a uno de nuestros hombres intentando desactivar el artefacto. Era una puta locura. Mi padre tenía enemigos, pero llegar a este punto... ¿Matar no estaba pasado de moda?

El miedo me seguía a todas partes, como ese lobo que acecha a la gacela en la oscuridad. Ella no lo ve, pero sabe que está ahí. Siempre hay alguien observando, preparado para dar el punto y final a la aventura.

No debería estar experimentando ese sentimiento. Me había visto sola en peores situaciones y siempre había salido de ellas indemne, pero una intuición me decía que algo estaba a punto de cambiar y que aún no estaba preparada para ese cambio, porque esa era yo. Lo estaba arriesgando todo por mi padre. Estaba arriesgando mi vida y cuánto valiera con la suya.

De pronto, un ruido se oyó y escuché a Álex gritando.

—¿Qué quieres de mí? —Le pregunté.

—No lo pienses —me dijo—. Solo salta.

Y salté. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Hubo una gran explosión. No pude ver si mi padre había salido a tiempo o no.

Todo parecía diferente y, de repente, me di cuenta. Como salida de la nada estaba la niebla con forma de sombras en la noche. Lo percibía, lo sentía en la piel, todo iba a ser distinto. Era el principio del fin de mi vida tal y como la conocía.

Álex también seguía allí. Me tocaba como si empezara a conocerme y me miraba como si me estuviera viendo con otros ojos. Unos que nunca me habían observado antes. Lo ojos de la muerte.

No era yo, no era la misma.

El humo se fue disipando y no encontré a mi padre. En su lugar, había un cuerpo calcinado. Me quedé paralizada. Ni siquiera fue capaz de llorar.

—¿Estás bien? —Me preguntó Álex.

No contesté.

Él estaba allí por mí. Lo había arriesgado todo, incluso su vida. Pero yo no podía retenerlo. Le debía la felicidad que a mí me había sido negada.

—Vete, Álex —mi cuerpo temblaba y, mientras respiraba frenéticamente me di cuenta de que era muy complicado meter tanto aire en mis pulmones—. Tienes que irte.

Lo besé, con toda la pasión que fui capaz, con mi corazón y mi alma, desde mis entrañas. Lo besé como nunca lo había hecho, como nunca volvería a hacerlo.

Rompí el beso y miró el reloj. Asintió y comenzó a correr en dirección contraria a la que yo me encontraba, sin echar la vista atrás. Lo divisé, lo vi alejarse, hasta que dobló una esquina y entonces salió de mi vida... como salen esas cosas que ni siquiera sabías que estaban ahí y que te hacían tanta falta.

Nunca jamás volvería a mencionarlo. A nadie. Pero, antes de salir de ese garaje, tenía que admitir para mí misma que lo amaba. Como nunca había amado. Como nunca volvería a hacerlo.

Permití que se me escapara una lágrima, miré a lo que quedaba de mi padre y le prometí que iba a ser fuerte, que iba a seguir con su legado, que nada estaría perdido mientras yo estuviera al frente. Le dije que lo quería y que el objetivo de mi vida sería seguir sus pasos y honrar su

memoria.

Y nada ni nadie me impediría hacerlo.

Epílogo

1 hora después

ÁLEX

Me monté en el avión, junto a Bas. Le pedí un bolígrafo y papel a la azafata y escribí una carta.

Me iba a casa.

A Roma.

Y dejaría mi corazón en Nueva York.

Para la próxima misión, no lo necesitaría.

Agradecimientos

Es el tercer libro, así que lo único que puedo hacer es dar las gracias.

A mis lectores, por leer este libro y los anteriores.

A mi familia, por estar ahí siempre.

Y a mis personajes, porque sus vidas llenan la mía.

Sobre la autora

Eva del Río es el seudónimo literario de Raquel Attard, una abogada afincada en Málaga y apasionada de la literatura. Escritora de poesía durante toda su vida, ahora se ha abierto un camino en la novela romántica.



Table of Contents

Prólogo

Capítulo 1. El comienzo del fin

Capítulo 2. El cambio

Capítulo 3. La graduación

Capítulo 4. El encuentro

Capítulo 5. El pacto

Capítulo 6. Cosa nostra

Capítulo 7. Se hizo la luz

Capítulo 8. En sus manos

Capítulo 9. El Pintor

Capítulo 10. Familia

Capítulo 11. Vuelta al principio

Capítulo 12. Realidad

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora